MADRE TRINIDAD DE LA SANTA MADRE IGLESIA
SÁNCHEZ MORENO
Fundadora de La Obra de la Iglesia

La Santa Madre Iglesia es la Nueva y Celestial Jerusalén,

no edificada por mano de hombres,
sino por el mismo Dios;
engalanada con todos los dones,
frutos y carismas del Espíritu Santo
que Jesús le envió desde el Padre,
el día de Pentecostés

* * *

Iglesia penante con Cristo en Getsemaní,
e Iglesia gloriosa y triunfante
con Cristo resucitado y glorioso

* *

Porque soy más Iglesia que alma
no puedo vivir sin Obispo
como no puedo vivir sin Dios

*

Bajo la Sede de Pedro

Editorial Eco de la Iglesia

Nihil obstat: Julio Sagredo Viña, *Censor*
Imprimatur: Joaquín Iniesta Calvo-Zataráin
Vicario General
Madrid, 10-5-2001

3ª EDICIÓN

Separata de libros inéditos de la Madre Trinidad de la Santa Madre Iglesia Sánchez Moreno y del libro publicado:
«VIVENCIAS DEL ALMA»

1ª Edición: Mayo 2001
© 2001 EDITORIAL ECO DE LA IGLESIA

LA OBRA DE LA IGLESIA
MADRID - 28006
C/. Velázquez, 88
Tel. 91.435.41.45

ROMA - 00149
Via Vigna due Torri, 90
Tel. 06.551.46.44

E-mail: informa@laobradelaiglesia.org
www.laobradelaiglesia.org

www.clerus.org *(Santa Sede: Congregación para el Clero)*

ISBN: 84-86724-19-8
Depósito legal: M. 12.759-2005

26-3-2001

LA SANTA MADRE IGLESIA ES LA NUEVA Y CELESTIAL JERUSALÉN, NO EDIFICADA POR MANO DE HOMBRES, SINO POR EL MISMO DIOS; ENGALANADA CON TODOS LOS DONES, FRUTOS Y CARISMAS DEL ESPÍRITU SANTO QUE JESÚS LE ENVIÓ DESDE EL PADRE, EL DÍA DE PENTECOSTÉS

¡Oh soberanía del Infinito Poder...! ¡Oh excelencia excelsa y consustancial de la Familia Divina...!

¡Oh esplendor de la magnificencia del que Es!; que, siendo y teniendo en sí, por sí y para sí, su misma razón de ser, quiere libre y voluntariamente, en un derramamiento de su infinita voluntad, donarse, lleno de compasión, ternura y amor en desbordamiento de misericordia infinita, al hombre;

creado a su imagen y semejanza y según su eterno designio, para que le viva aquí en fe, y en el mañana de la eternidad pueda llegar a poseerle en el esplendor eterno y consustancial de su misma perfección; llegando a ser santo con la santidad del mismo Dios, hijo suyo y heredero de su gloria;

entrando a participar de su misma vida: mirándole con sus Ojos, introducido en las Lumbreras de su Sapiencia consustancial y divina; cantándole con su misma Canción sus infinitas perfecciones en el concierto melódico de sus inéditos, sublimes y divinos tecleares; y abrasándose en el amor intercomunicativo del Padre y del Hijo, el Espíritu Santo: beso de amor interretornativo del Padre y del Hijo; besándole con su Boca y amándole con su fuego amoroso en saboreo disfrutativo de su mismo gozo y en la embriaguez divina y divinizante de su misma divinidad.

Y para ello, mediante un portento insospechado y desbordante de compasión, amor y ternura hacia la humanidad caída, por la voluntad del Padre y bajo el impulso del Espíritu Santo, «el Verbo se hizo Hombre y puso su morada entre nosotros»[1].

Realizándose esto de un modo tan maravilloso y subyugante para la manifestación del esplendor de la gloria de Yahvé; que, mediante la unión de la naturaleza divina y la naturaleza humana en la persona del Verbo, Dios rompió en cantares de inéditas y divinas melodías por su Unigénito Hijo Encarnado, Cantor eterno de sus inexhaustivas, inefables e infinitas perfecciones.

[1] Cfr. Jn 1, 14.

Uniéndose Dios con el Hombre en desposorios eternos de forma tan sublime y trascendente que el Hijo de Dios es tan Dios como hombre y tan hombre como Dios.

¡Misterio insondable e inimaginable, en derroche de dones eternos!; siendo Él mismo el Don que se entrega, el Santo que, morando con nosotros, pone su Santuario entre los hombres, para que el hombre, vuelto hacia Él, le responda en adoración reverente de retornación amorosa.

¡Secreto sorprendente! que se nos manifiesta por el infinito poderío del que Es en el misterio y por el misterio de la Encarnación, lleno de dones eternos; en el cual y por el cual Dios se nos dice en deletreo divino y humano en su romance de amor, donándose a la humanidad caída, a la cual restauró en un derroche amoroso con el precio de su sangre divina.

Misterio tan lleno de compasión en desbordamiento de amor misericordioso que, durante todos los tiempos, del modo y la manera que en su infinito pensamiento lo quiso y determinó, Yahvé, El que Es, pudo decir en cumplimiento de sus promesas que son eternas:

«Ellos serán mi Pueblo y Yo seré su Dios y habitaré con ellos para siempre»[2];

realizándose la donación de Dios al hombre en las entrañas purísimas de la Virgen, la Nueva Eva prometida por Dios a nuestros Primeros Pa-

[2] Ez 37, 27-28.

dres, que aplastaría la cabeza del dragón por el Fruto de su vientre bendito; el cual quitaría los pecados del mundo, liberándonos de la muerte y resucitándonos a una vida nueva.

¡Oh portento sublime del poderío infinito del que se Es!, en el cual, por la unión hipostática de la naturaleza divina y la naturaleza humana en la persona del Verbo, Dios se unió con el Hombre en matrimonio indisoluble y eterno; de forma que el Hijo de Dios, hecho hombre, era al mismo tiempo el Hijo de María, Fruto de su virginidad maternal.

Por lo que la Virgen que, de tanto ser Virgen, rompió en Maternidad, ¡y Maternidad divina! tan sólo por obra y gracia del Espíritu Santo, dio a luz al Emmanuel prometido a los santos Padres y Patriarcas y anunciado por los santos Profetas del Antiguo Testamento.

¡Oh Maternidad, Maternidad divina de María tan sublime como trascendente!, en la cual y por la cual Dios se nos dona con corazón de Padre, por la expresión del Verbo gimiendo por el llanto de un Niño, y sangrando en inmolación cruenta clavado en un madero entre el cielo y la tierra; en el abrazo coeterno y consustancial del Espíritu Santo; por el Fruto del vientre bendito de la Virgen, el Hijo Unigénito de Dios, Encarnado...!

El cual, siendo tan hombre como Dios sin dejar de ser Dios, y tan Dios como hombre sin dejar de ser hombre, en y por la plenitud de

su Sacerdocio, mediante el misterio de su encarnación, vida, muerte y resurrección, nos injertó en Él como la vid a los sarmientos: Árbol de la Vida que brota de los manantiales infinitos de la Divinidad en derramamiento desbordante de sus torrenciales afluentes, pudiendo exclamar: «Yo soy la Fuente de aguas vivas, el que tenga sed que venga a mí y beba, el que tenga hambre que venga a mí y coma»[3];

apagando la sed de todos los que acudieran a Él, como al Manantial de aguas vivas, con el centelleo luminoso de las lumbres de sus eternos Luceros: «Al despertar me saciaré de la luz de tu semblante»[4]:

del resplandor del Unigénito Hijo de Dios, Jesucristo su enviado, que, por el fruto de su redención sangrienta y gloriosa, triunfante y victoriosa en trofeo de conquista infinita de gloria en amores eternos –ya que «nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos»–, nos lavó de la mancha de nuestros Primeros Padres, redimiéndonos de nuestros propios y personales pecados; vivificando, salvando y glorificando a todos aquellos que quieran acogerse al fruto de su sangre derramada en el ara de la cruz.

Y el que todo lo es y todo lo puede, «amando a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo y hasta el fin»[5].

---

[3] Sal 35, 10; Jn 7, 37. [4] Sal 16, 15. [5] Jn 13, 1.

Y para quedarse con nosotros hasta la consumación de los tiempos, fundó su Iglesia, encomendándosela a los Apóstoles, descendientes de Israel, humildes pescadores de Galilea y a sus Sucesores. Promesa cumplida de Dios entre los hombres y depositaria de sus planes eternos.

Iglesia santa, Nueva Jerusalén, edificada por y sobre la piedra angular que es el mismo Cristo, sostenida, mantenida y perpetuada por su misma divinidad sobre las Columnas de los Apóstoles, y fundamentada en la Roca de Pedro;

haciéndola contensora en perpetuación del misterio de la encarnación, vida, muerte y resurrección del Hijo de Dios hecho hombre; llena de frutos de vida eterna mediante la venida del Espíritu Santo prometido y enviado por el mismo Jesús:

«Yo le pediré al Padre que os dé otro Defensor que esté siempre con vosotros, el Espíritu de la verdad.

El Espíritu Santo, que enviará el Padre en mi nombre, será quien os lo enseñe todo y os vaya recordando todo lo que os he dicho... y os guiará hasta la verdad plena.

Pues no hablará de por sí, sino que hablará lo que oye y os comunicará lo que está por venir... Él dará testimonio de mí; y también vosotros daréis testimonio, porque desde el principio estáis conmigo»[6].

[6] Jn 14, 16-17. 26; 16, 13; 15, 26-27.

Y el Espíritu Santo, por el derramamiento de sus dones, frutos y carismas y mediante el ímpetu infinito y avasallador de su fuego divino, hizo reventar a los Apóstoles en palabra viva que expresa a Dios.

Los cuales bajo su impulso irresistible se lanzaron a manifestar los pensamientos «ocultos en Dios desde todos los siglos, para que la multiforme sabiduría de Dios sea manifestada por medio de la Iglesia»[7];

cumpliendo el mandato de Jesús: «Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a toda criatura. El que crea y se bautice, se salvará, mas el que no crea se condenará»[8].

Haciendo Jesús a su Nuevo Pueblo, Nueva Sión, la Iglesia naciente, depositaria del misterio de la reconciliación de Dios con el hombre y de la restauración de la humanidad caída; de una manera tan maravillosa, que se quedó con ella durante todos los tiempos:

«Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo»[9].

Y por el poderío excelso del esplendor de la gloria de Yahvé, Jesús, en manifestación de cómo nos amaba con amor infinito,

«En la noche en que iban a entregarlo, tomó un pan y, pronunciando la acción de gracias, lo partió y dijo: “Esto es mi Cuerpo, que se entrega por vosotros”.

[7] Ef 3, 9-10. [8] Mc 16, 15-16. [9] Mt 28, 20.

Lo mismo hizo con el cáliz, después de cenar, diciendo: "Este cáliz es la Nueva Alianza sellada con mi Sangre; haced esto cada vez que bebáis, en memoria mía".

Por eso, cada vez que coméis de este pan y bebéis del cáliz, proclamáis la muerte del Señor, hasta que vuelva»[10];

quedándose con nosotros durante todos los tiempos como Pan de vida y Bebida de salvación.

Y como donde está el Hijo está el Padre y el Espíritu Santo, porque el Hijo siempre mora en el seno del Padre y los Dos son uno en el abrazo coeterno y consustancial del Espíritu Santo; al quedarse Cristo con su Iglesia y en su Iglesia, se trajo consigo al Padre y al Espíritu Santo, haciéndola Templo vivo y Morada del Altísimo, Santuario de Dios con los hombres, y Raudal de los eternos Manantiales del agua viva que salta hasta la Vida eterna, que es el Cordero inmaculado e inmolado que quita los pecados del mundo.

Por lo que la Iglesia, Asamblea santa, nuevo Pueblo de Dios, Esposa de Cristo, está repleta y saturada de Divinidad, cubierta y envuelta por la hermosura del mismo Dios; siendo la Jerusalén restaurada por Cristo y edificada sobre las doce Columnas de los Apóstoles; y que, cual «torre fortificada» y «ciudad bien

[10] 1 Cor 11, 23b-26.

compacta»[11], necesita congregar bajo sus murallas a los hombres de todo tiempo, pueblo, raza y nación, para hacerles vivir, bebiendo en los chorros del agua que brota a raudales de los eternos Manantiales, y que desde el regazo del Padre, por el costado abierto de Cristo, se desborda sobre toda la humanidad.

Raudales de agua viva remansados en el seno anchuroso y letificante de la Santa Madre Iglesia, Nueva y Celestial Jerusalén, que está envuelta por la Santidad de Dios; Virgen, participando de la Virginidad trascendente del Infinito Ser; Esposa, inmaculada y sin mancilla, del Cordero.

Iglesia peregrina que, bajo la sombra del Omnipotente, camina por el destierro de esta vida y nos conduce con pie firme y paso valeroso hacia la Casa del Padre.

Siendo la luz en la noche que ilumina las tinieblas de este mundo, llevándonos tras de sí, impelida como el carro de fuego del profeta Elías; y que por la fuerza del ímpetu del Espíritu Santo en el pasar de su brisa amorosa, en su vuelo veloz, nos levanta hasta la posesión del que nos espera y nos llama con voces infinitas de clamores inenarrables, para introducirnos en el festín de las Bodas eternas; donde están todos los sellados por Dios y marcados en sus frentes con la sangre del Cordero, único capaz de abrir el libro de los siete sellos, haciéndonos

[11] Sal 60, 4; 121, 3.

hijos en el Hijo, coherederos de su misma gloria, para vivir, en compañía de todos los bienaventurados, la misma vida que Dios vive.

¡Iglesia mía!, ¡qué hermosa eres...! Eres «jardín florido», Iglesia mía, Madre amada, «huerto sellado»[12] y amoroso, que ante la hermosura de tu rostro, haces enloquecer de amor al mismo Dios; Esposo divino, que tanto te amó, que «te desposó con Él en justicia y amor»[13], y que se recrea en ti como el Amado más enamorado, atraído al olor de tus perfumes, pues «son tus amores más suaves que el vino»[14];

ya que estás embriagada con el mismo néctar de la Divinidad para derramarlo sobre todos los hombres y embriagarlos y saturarlos de esa misma Divinidad.

¡Iglesia mía...!, si te contemplo ¡tan divina...!, ¡tan hermosa...!, ¡tan gallarda...! y ¡tan Señora!, que tienes a Dios mismo que, morando en tu seno por su desposorio eterno contigo y cautivado por la hermosura de tu rostro, te hizo su Santuario entre nosotros, «construido, no por mano de hombres»[15] sino por el mismo Dios.

Siendo Él la luz de tus ojos mediante los centelleantes y sapientales luceros de su misma divinidad; y por ti y a través tuya, Iglesia mía,

[12] Ct 4, 12.
[13] Os 20, 21.
[14] Ct 1, 3.
[15] Heb 9, 24.

Iglesia amada, se nos da con corazón de Padre, haciéndote expresión del Cántico infinito del Verbo y abrasándote en el fuego avasallador y letificante del mismo Espíritu Santo.

Por lo que «son tus mejillas rojas como la grana»[16] y tus perfumes «como el ungüento de Aarón que se derramaba por su barba hasta la orla de sus vestiduras»[17], empapándote de su infinita, trascendente y eterna Virginidad.

¡Iglesia mía...!, estás ataviada con tu corona de Reina, con la que el Esposo divino te ennobleció el día de tus Bodas; siendo el mismo Cristo la real Cabeza que campea, como bandera de amor, en tus sienes de Madre; para repletarnos a todos del amor del mismo Espíritu Santo que nos enaltece y nos ennoblece tan divinamente, que nos hace seguir al Cordero Inmaculado, con el coro de las vírgenes, donde quiera que vaya, bajo el arrullo consustancial y sacrosanto de su pasar amoroso.

Por lo que Cristo, derramándose en amores sobre ti, te tomó por Esposa, ungiéndote con la plenitud de su Sacerdocio y haciéndote el ánfora preciosa, llena y saturada de Divinidad, por donde el mismo Dios se da, se manifiesta y se comunica a los hombres desde tu seno de Madre con corazón de Padre, canción de Verbo y amor de Espíritu Santo.

[16] Ct 4, 3.
[17] Sal 132, 2.

¡Iglesia mía...!, ¡qué hermosa eres...! ¡Avanza triunfante, Hija de Jerusalén, que no habrá quien se te ponga delante!

Eres como un ejército en batalla, dispuesta a enloquecer al mismo Dios de amor ante la hermosura de tu rostro, la gallardía de tu poderío y la lozanía y belleza de tu juventud.

Eres santa con la Santidad de Dios, virgen con su Virginidad, reina con su Señorío, fuerte con su Fortaleza, hermosa con su Hermosura, divina y divinizante con la misma Divinidad que te satura, te enriquece y te ennoblece como a Esposa del Cordero sin mancilla;

que, inmolado en el ara de la cruz, envuelve a mi Iglesia Madre con un manto real de sangre, para que ella la derrame en fruto de redención por toda la tierra en su melódica canción de Divinidad, recibida desde el mismo Seno de Dios por la Canción del Verbo, bajo el arrullo acariciador y el ímpetu del Espíritu Santo.

El cual te hace romper, Iglesia Madre, Nueva Sión, en palabra de fuego, en cántico infinito, en repetición de los cantares que sólo el mismo Dios se puede cantar en la profundidad recóndita, íntima y sacrosanta del arcano de su *Sancta Sanctórum*.

Donde el que Es se está siendo en sí, por sí y para sí, su misma razón de ser y su misma divinidad; rompiendo en Contemplación amorosa de Explicación cantora de Amor eterno, en

el abrazo consustancial, infinito y abarcador del Espíritu Santo; cantándosenos el mismo Dios por el Verbo en romance de amor a través tuya durante todos los tiempos, como recopiladora del misterio sacrosanto de la redención.

¡Canta, Iglesia, tu canción! No calles, porque tu voz es dulce al paladar de Dios, ya que es el mismo Padre el que por tu faz se nos muestra y comunica por su Palabra infinita, su Verbo Encarnado, en deletreo amoroso de inéditas y consustanciales melodías; lanzándose a la tierra y levantándonos, atraídos por Él, hasta el pecho del Altísimo a morar en intimidad amorosa con la Familia Divina.

¡Iglesia mía...!, ¡Iglesia Madre...!, ¡Iglesia amada...!, ¡Iglesia santa...!, ¡cómo y cuánto te amo! Ya que es el mismo Dios quien en ti mora, el que por ti, Iglesia Madre, y a través tuya se nos comunica en donaciones de romances coeternos de amor; al mismo tiempo que estás bañada con la sangre del Cordero que te desposó con Él en desposorios perpetuos y eternos.

Por lo que, bajo el esplendor de tu gloria, se nos muestra y se nos entrega Cristo, y éste crucificado, que nos empapa con el fruto de su redención, bañándonos con su sangre divina; quedando sellados en nuestras frentes con la marca de Dios y del Cordero.

¡Iglesia mía, Madre amada...!, ¡qué grande y qué hermosa te hizo Dios! Nueva, Eterna y Ce-

lestial Jerusalén, perpetuación de las donaciones del Infinito y contensora del Don eterno, que inmolado como Víctima, se ofrece al Padre cada día, en perpetuación de su Sacrificio cruento, en el Sacrificio incruento del Altar, para el perdón en perpetuación de la remisión de los pecados de todos los hombres, y en reparación infinita de todos ellos ante la Santidad del Dios tres veces Santo, ofendida.

Iglesia mía, Nueva y Celestial Jerusalén, Promesa cumplida de Dios a nuestros Padres, Abraham, Isaac y Jacob, y anunciada por los santos Profetas iluminados por Yahvé y bajo el fuego y el ímpetu del Espíritu Santo; eres la perpetuación de la unión de Dios con los hombres, por ser la contención de sus misterios en derramamiento de amores eternos, llenos de misericordia, ternura, compasión y amor.

¡Iglesia mía...!, ¡qué hermosa eres...! ¡Cómo y cuánto te amo...! Avanza triunfante, Hija de Jerusalén, no calles.

Pon tus canciones en mi alma, tus melodías en mi corazón, tu ternura en mi pecho, tus peticiones en mi espíritu, y tus lamentaciones en lo más recóndito de mi ser, para que yo te proclame, Iglesia mía, Madre amada, bajo la pequeñez de mi nada y la ruindad de mi miseria, del modo que pueda, en la melodía infinita de los tecleares de la Divinidad que, desde tu altura y por tu real Cabeza, caen hasta tus plantas sobre la pobreza de mi limitación.

Déjame que te exprese en tu hermosura y te piropee ante la contemplación de mi alma delirante de ternura y amor por ti, ¡Iglesia Madre, Virgen, Reina y Señora!; Nueva Sión, Promesa cumplida de Dios entre los hombres, depositaria de los planes del mismo Dios, contensora de «las irrastreables riquezas de Cristo y del Misterio oculto desde todos los siglos en Dios, y manifestado ahora a sus santos Apóstoles y Profetas»[18] que, en ti y por ti y a través de la Liturgia se nos derraman en frutos de vida eterna desde los infinitos y coeternos Manantiales para repletarnos a todos de Divinidad.

Iglesia mía, Iglesia amada, ¡qué hermosa eres...! ¡Cuánto te amo...!

* * *

Mas, a pesar de conocerte en la esplendidez de la subyugación de tu gloria, en la soberanía de tu esplendor, en la majestad de tu poderío y en la hermosura de tu juventud, por la manifestación de los misterios de Dios que se derraman sobre ti desde su infinito poderío y se desbordan a través tuya, sobre mi *alma-Iglesia,* desde tu seno de Madre a la filiación de mi pequeñez en comunicaciones de amores eternos;

por contener en ti todo el misterio de la Pasión cruenta de Cristo, el drama espeluznante de la inmolación sacrílega del Santo de Dios por los pecados del mundo;

[18] Ef 3, 9. 5.

sobre el cual recayeron todas nuestras culpas e iniquidades haciendo morir al Justo, al que era la Santidad infinita, la Luz del Resplandor divino, la Manifestación en expresión de infinitos cantares de la gloria de Yahvé: «Tan desfigurado su aspecto que no parecía ser de hombre..., sin figura, sin belleza; sin aspecto atrayente, despreciado y evitado por los hombres, varón de dolores..., que fue traspasado por nuestras rebeliones y triturado por nuestros crímenes»[19];

por tener, Iglesia mía, Iglesia santa, todo eso contenido en el ánfora de tu maternidad universal, para darnos a beber hasta saciarnos de los afluentes manantiales del que Es, por el derramamiento de la sangre del Cordero en victimación de inmolante sacrificio;

a pesar de verte y saberte tan hermosa, Nueva y Celestial Jerusalén, Promesa de Dios cumplida, mi Iglesia amada, y conocer los infinitos designios de Dios desde su pensamiento divino antes de todos los siglos recayendo sobre tu seno de Madre;

también te he tenido que contemplar cubriendo tus ricas joyas y el esplendor de tu gloria como con un manto negro; tirada en tierra y llorosa, jadeante y encorvada; y envuelta en la nube de la confusión que nos invade;

al haber sido mi alma hecha por Dios el Eco diminuto en repetición, no sólo de tu hermosura y tu infinita riqueza por el derramamiento de su vida divina que tan esplendorosamente te engalana y ennoblece y por quien se nos dan y manifiestan los tesoros ocultos en Él desde todos los tiempos; sino también el Eco de tu tragedia, depositaria y perpetuadora del misterio de Cristo, y Éste crucificado.

[19] Is 52, 14-53, 5.

« La Iglesia volcó sus penas
en mi alma dolorida,
y me envolvió con su manto
aumentando mi agonía.

Me dijo sus amarguras,
las que en su pecho tenía,
cubriéndome con la nube
que sobre ella se cernía.

La Iglesia se dijo en "Eco",
dejándome sumergida
en la asfixiante congoja
de su pecho reprimida;

y me dijo los porqués
de cuanto la ensombrecía
con la confusión penante
que por doquier la envolvía.

La Iglesia lloró en mi alma...
¡Qué amargo me fue este día! »

18-4-1975

¡Iglesia mía!, ¡Iglesia santa...!, el día 30 de marzo de 1959 me has sido presentada por el

mismo Dios toda vestida de luto, cubriendo tus ricas joyas con un manto negro; con tus entrañas desgarradas por los hijos que se fueron de tu seno de Madre, «extraviándose tras los rebaños de sus compañeros»[20].

Los cuales, muchos de ellos sin saberlo, dejaron tus entrañas de Madre desgarradas, con unas cavernas abiertas que no se volverán a cerrar más que con la vuelta de esos hijos tuyos, tan profunda y tiernamente amados, a tu seno sangrante y dolorido, que los espera, atisbando desde la lejanía, como el padre del hijo pródigo, sin cansarse.

Para que llenen los huecos que quedaron vacíos en tu seno de Madre y curen las heridas que nadie podrá cicatrizar más que ellos, y las cavernas sangrantes que no se cerrarán sino con la llenura de aquellos hijos que, al marcharse, te dejaron llorando, como Raquel, con gemidos, que son inenarrables, por el Espíritu Santo.

30-3-1959
«La Iglesia de luto»
(Fragmentos)

« Ay, ¡Iglesia mía...! ¡Cómo te veo...! Estás de luto, Iglesia amada, por tus hijos [...][21] que se fueron de la Casa Paterna...

[20] Ct 1, 7.

[21] Con este signo se indica la supresión de trozos más o menos amplios que no se juzga oportuno publicar en vida de la autora.

Pero... ¡cómo llora...! ¡cómo llora la Iglesia por sus hijos perdidos...!

¡Iglesia mía, yo necesito piropearte..., cantar tus glorias...! Y me ahogo en tu propio llanto, desgarrada ante tu angustioso penar. ¡Iglesia mía, cómo te veo...!

¿Qué tienes, Iglesia mía...? [...] ¿Por qué estás de luto? [...] Hija de Jerusalén, ¿por qué no avanzas triunfante y victoriosa...? ¿Qué tienes, mi Iglesia Madre...?:

¡¡Te han arrancado tus hijos de tu seno materno y calentito...!! [...]

La Iglesia tiene muchos miembros vivos que cantan Iglesia, que cantan a Cristo. Tiene en su seno de Madre muchedumbres de almas, que siendo testimonios por su vida y su palabra, siguen a «Cristo y Éste crucificado»[22]; e incontables de ellas ofrecen sus vidas en inmolación cruenta o incruenta para dar gloria a Dios y vida a las almas siendo semillero de Iglesia, consuelo para Cristo y apoyo inconmovible para la misma Iglesia. Pero hoy la Iglesia a pesar de esto está triste y llorosa porque tiene unas cavernas abiertas, ¡abiertas...!, ¡abiertas...!, sin cicatrizar, por los hijos pródigos que se fueron de su seno de Madre, ¡y nadie las podrá cerrar más que ellos con la vuelta a la Iglesia mía! ¡Yo lo veo...! ¡Yo lo veo...! ¡Nadie podrá ocupar este hueco que ellos dejaron en el seno de mi Madre

[22] 1 Cor 2, 2.

Iglesia! ¡Sólo estos hijos podrán llenar, cerrar y cicatrizar las heridas que abrieron con su marcha, dejándole a la Iglesia unas cavernas sangrantes y doloridas, esperando la vuelta de los hijos que se fueron de su seno de Madre!

[...] ¡Si tú eres tan hermosa, Iglesia mía...! ¡si tú tienes la Palabra que sale cantando del seno del Padre...!

¡Alégrate, si tú eres fecunda y sales cantando en el Santo Padre la Palabra silenciosa del seno del Padre, que es el Verbo...!

¿Por qué estás tan triste...? ¡Si tú estás engalanada y te veo llena de joyas...!:

¡¡Joyas cubiertas con un manto de luto...!! ¡Ay, Iglesia, qué enlutada estás...! [...]

¿Por qué estás tan triste, Iglesia...?: ¡¡Llora desconsolada la marcha de sus hijos...!!, ¡y a los hijos que no están metidos en su Aprisco...! ¡Los sacaron del seno de mi Iglesia Madre...!

Por más que miro a mi Iglesia, la veo con un velo negro..., como si fuera una mujer a quien se le han muerto sus hijos; tapando sus joyas con un manto de luto...

¡Y yo estoy de luto con mi Iglesia...! No sé quién se ha muerto... Estamos cantando el Memento de difuntos... ¡Estamos muy tristes la Iglesia y yo...!

¡La Iglesia guarda su pena en el silencio de la incomprensión...! ¡La Iglesia está sangrando

en silencio...! Y mientras la Iglesia está sangrando y desgarrada, muchos de los miembros de la Iglesia están buscando la felicidad en las cosas terrenas, en vez de compenetrarse con la Iglesia, entrar en la intimidad de la Iglesia participando de su dolor y de su terrible y desoladora amargura... »

¡Cuántos hijos que, de una u otra manera, dejaron y dejan a la Iglesia sumergida, anegada y desgarrada en el silencio espeluznante, escalofriante, desgarrador, dramático e inmolante de la incomprensión...!

Unos porque nunca la conocieron; otros porque, aun conociéndola, no la descubrieron en la esplendidez de la hermosura de su realidad; y otros, con más o menos buena o mala voluntad, que por su ostinación, no quieren reconocer en su faz hermosa, repleta y saturada de Divinidad, el rostro de Cristo que, en ella y por ella se nos da con corazón de Padre y amor de Espíritu Santo, en toda y con toda su Verdad, como camino que nos conduce a la vida, siendo «la Gloria de Israel y Luz de los gentiles»[23].

Y los que traicioneramente asolapados, como Judas, buscan el momento de entregarla en manos de sus enemigos; porque son lobos rapaces que, asolapados, vestidos con piel de oveja y manso cordero, atropelladamente ma-

[23] Cfr. Lc 2, 32.

quinan la manera de desfigurarla y, aun si posible fuera, hacerla desaparecer.

Ya decía Jesús: «Guardaos de los falsos profetas que vienen a vosotros con vestiduras de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces»[24].

Y San Pablo: «Yo sé que después de mi partida vendrán a vosotros lobos rapaces, que no perdonarán al rebaño, y que de entre vosotros mismos se levantarán hombres que enseñen doctrinas perversas para arrastrar a los discípulos en su seguimiento»[25].

Mientras que muchos de los hijos de la Iglesia y entre ellos también del pueblo consagrado, más o menos inconscientemente, en vez de compenetrarse con la Iglesia, vivir de su vida, ayudarla en su misión y consolarla en su tragedia, viven buscando los placeres de este mundo caduco, desencajándose del plan de Dios y dejando sola a la Iglesia, desgarrada en su doloroso y tristísimo desamparo de Getsemaní.

Ante lo cual mi espíritu lacerado y acongojado, como el Eco de sus poéticas, dramáticas y proféticas canciones, exclama enaltecido y jadeante ante el dolor sangrante que invade y anega a mi Iglesia santa, y la incomprensión en que la tengo que contemplar pidiéndome ayuda para que la presente ante todos los hombres en toda su hermosura con cuanto el mismo Dios

[24] Mt 7, 15.

[25] Hech 20, 29-30.

para que lo manifieste me comunica, y éstos, al mirarla, vean el rostro de Dios en ella:

«Levántate, mensajera», Iglesia Madre, Iglesia mía, «no calles, tú que traes buenas nuevas a Israel».

Tú que tienes la Palabra del Padre en tu seno para mostrarla a los hombres en romances divinos y humanos, y recogerlos de los cinco Continentes y hacerles vivir bebiendo de los Manantiales de las eternas Fuentes por ti y a través tuya, como Esposa del Cordero Inmaculado, cubierta con su manto real de sangre, y saturada y repleta de su divinidad;

dásela a todos, entonando tus inéditos cantares y atrayéndolos a tu seno de Madre.

Y así no tenga que verte envuelta con un manto de luto, tan desgarrada y dolorida, cubriendo tus ricas joyas toda vestida de negro.

« Mi Iglesia está sufriendo sin quejarse,
mi Iglesia está de luto en su secreto,
mi Iglesia está sangrando en sus gemidos,
y con un manto negro va cubriendo
las cavernas que hijos de su entraña
por inconsciencia u orgullo,
en su seno, están abriendo.

El Vicario de Cristo está penando,
y mi espíritu, con él, está muriendo.

Mi Iglesia con el Papa está sangrando
en un terrible, aterrador silencio.

¡Qué triste está mi alma con mi Iglesia!;
con ella estoy sumida en su silencio.

¡Qué herida está mi Iglesia...!,
¡qué herido está mi pecho...!
Mi Iglesia está penando
y, con ella y con el Papa,
¡mi espíritu, muriendo! »

1-8-1968

También, Iglesia mía, el día 6 de enero de 1970, he tenido que contemplarte tirada en tierra y llorosa, jadeante y encorvada, sentada sobre tu piedra, y que nuevamente, vuelta hacia mí con tu cara desencajada y llorosa, ¡me pedías ayuda...!

Ante lo cual, mi alma, destrozada y dolorida, llena de lamentaciones al ver así a mi Iglesia santa, rompía en lágrimas del corazón y expresaba como podía la postración en que veía al santo Templo de Dios y morada del Altísimo en la tierra, mi Santa Madre Iglesia:

6-1-1970
«La Iglesia tirada en tierra»
(Fragmentos)

« ¿Dónde está Dios en los corazones de los hombres y aun de la mayoría de los cristianos...?

¿Dónde está la verdad de la Sabiduría divina, vivida y comunicada en sabiduría amorosa en toda su verdad en medio de los hombres...?

¿Dónde está el pensamiento divino recibido, contenido y explicado...?

¿Dónde están los hombres que viven de las verdades eternas del espíritu...?

¡Millones de hombres buscando la luz en las tinieblas...! ¡Millones de hombres en medio de la luz, envueltos en las tinieblas de la confusión por su soberbia o inconsciencia...!

La Iglesia está desgajada, despreciada y ultrajada, por desfigurada y desconocida. Y por eso, al hablar de la Iglesia, la mayoría de los hijos de los hombres sueltan su sonrisa burlona ante el desconcierto en que presentan muchos de los hijos de la Iglesia a la misma Iglesia.

La confusión nos invade porque Dios prácticamente ha desaparecido de la mayoría del corazón de los cristianos. El intelectualismo está aplastando las mentes y los corazones sencillos, y está ofuscando la verdad que la Sabiduría divina descubre a los pequeños en su diálogo amoroso de corazón a corazón.

¡Es aplastante el humanismo que ofusca a las mentes de casi la totalidad de los hombres...!

La Iglesia aparece, ante los que no tienen luz, hecha una monstruosidad, porque la vida de fe de los cristianos a veces está tan langui-

decida y desfigurada, confusa y oscurecida, ¡tanto, tanto, tanto!, que el misterio infinito que en la Iglesia se encierra, se presenta sofocado y oculto ante la mente confusa y ofuscada de la mayoría de sus hijos...

¿Dónde están los corazones que de verdad busquen a Dios...? ¿Dónde los hombres que descubran la belleza infinita que hay en la Iglesia...?

El materialismo, la confusión, la sensualidad, la impureza, la soberbia –¡Señor!, ¿qué palabra emplearía...?–, ¡han empolvado y como enterrado! la realidad eterna que la Iglesia, Nueva y Celestial Jerusalén, tiene en sí vivida, poseída y ardiendo en ansias infinitas de comunicarla.

¡La cual ha quedado como enterrada!, igual que en un desierto, después de un huracán y de una tormenta de tierra, queda oculto cualquier objeto que se encontrara en medio de aquella tempestad.

Mientras que los verdaderos hijos de Dios que conocen la verdad, esperan gimiendo angustiados, incluso asustados, que pase el terremoto y se aplaque la tormenta, para que la brisa del Espíritu Santo se deje sentir y, en su luz infinita, vaya clarificando y desenterrando nuevamente la verdad potentísima que, tras años de confusión, parece derrumbarse por la fuerza de la soberbia.

¿Dónde está Dios en los corazones de la mayoría de los hombres y de muchos de los hijos

de la Iglesia...? Y ¿dónde están los hijos de la Iglesia que, viviendo no sólo de los sentidos materiales sino también de los espirituales, descubran la luz infinita de la verdad en toda su verdad, y sean testimonios vivos, por su vida y su palabra, de Dios y de Jesucristo su Enviado...?

La verdad está clara en la Iglesia, pero los que están sentados y asentados en tinieblas y sombras de muerte no la ven, no la descubren; viven de la muerte, de su tiniebla, llegando muchos de ellos, en la tenebrosidad oscura de su ofuscación y su soberbia, a hacerse doctores de la luz en medio de su terrible confusión.

¡La desolación envuelve a la Hija de Sión y desfigura a la Nueva Jerusalén! Y ante tanta desolación, yo querría huir apresuradamente al reino de la Luz, para no seguir viendo en el destierro a la Esposa del Cordero tan ultrajada, para no tener que contemplar con tanto dolor el descaro con que la escupen y abofetean en sus divinas mejillas los hijos de las tinieblas.

Pero..., ¿cómo, Señor, si he apercibido que la Iglesia, llorosa y desplomada en tierra, envuelta en su manto de luto, me ha mirado nuevamente pidiéndome compañía, pidiéndome mi entrega, mi comprensión, mi amor y mi esfuerzo, ¡pidiéndome ayuda...!?

¡Oh, cómo veo hoy a mi Iglesia mía, hundida en su propia humillación, llorosa y dema-

crada, ocultando su rostro y la hermosura de su juventud nuevamente con su manto de luto...!

Aunque ya no es un manto negro lo que envuelve a la Iglesia mía... Está toda ella cubierta de negro, casi sin figura humana... Está como en un aparente fracaso, con su voz, que es la voz del Verbo, sofocada y enronquecida; por lo que no puede romper en canción ante el gran aplastamiento y asfixia del vocerío inhumano de los soberbios, que, levantando su voz llena de confusión, ahogan el cántico infinito que el Verbo, por su voz de Esposa, comunica en la tierra a los hombres.

¡Oh, qué terrible pavor...! ¡Cómo veo hoy el Trono del Altísimo en la tierra, que es la Iglesia, la Nueva y Celestial Jerusalén, donde Dios se sienta y se asienta para darse y comunicarse en participación de su felicidad a todos los hombres!

¡Cómo veo hoy el Arca de la Nueva Alianza, la Puerta del Cielo, la Salvación de nuestro Pueblo, el Orgullo de nuestra raza...!

¡Cómo comprendo que la vida de la fe, esperanza y caridad esté languideciendo entre los hombres...! ¡Cómo todo el confusionismo en que nos encontramos, para mí, hoy tiene explicación ante la Iglesia tirada en tierra, abofeteada, ultrajada, apaleada...!

¡Iglesia mía...! ¿Por qué me ocultas tu rostro...? ¡Mírame, que yo nunca me avergonzaré de ti, que yo siempre estaré contigo!

Iglesia mía, ¡cómo te veo...! ¡Cómo comprendo hoy que el mundo esté en tinieblas al querer quitar de ti la hermosura con que te tiene engalanada tu Esposo...!

No sé cómo la he visto, y la tengo grabada en mi mente como la realidad más real que nos puedan dar los sentidos del alma.

¡Cómo he visto hoy a Jesús en la Iglesia, o a través de ella, asustado ante la maldad de los hijos de los hombres...! ¡Cómo he experimentado la humillación del Amor Infinito que, por amor, se hizo esclavo y, porque nos amaba, nos pidió nuestro amor de esa manera...!

¡Cómo he comprendido que la Iglesia y Jesús son una misma cosa; y por eso Jesús, en su vida mortal, sufrió con la Iglesia su Getsemaní; y por eso la Iglesia, en su tiempo, vive en Getsemaní, con Jesús, su tragedia...!

Hoy más que nunca he comprendido que Jesús estuviera tirado en Getsemaní. Y lo he comprendido al ver a la Iglesia tirada, –¡porque estaba tirada!–, aunque no en el suelo: estaba sentada en una piedra redonda y rocosa...

¡Qué bien entiendo la necesidad de la unión con el Papa...! Porque el que se separa del Papa, no está fundamentado en la piedra viva y angular donde la Iglesia descansa. “Tú eres Pedro y sobre esta Piedra edificaré mi Iglesia y el poder del infierno no podrá contra ella; a ti te daré las llaves del Reino de los Cielos y todo

lo que ates en la tierra quedará atado en el cielo, y todo lo que desates en la tierra quedará desatado en el cielo"[26].

Y a través de la Iglesia y por la Iglesia, y no fuera de ella, Cristo se da y se comunica en irradiación infinita a todos los hombres de la tierra que de buena voluntad le buscan para encontrarle.

¡Pero sólo en la Iglesia, donde está Cristo manifestándose por el Papa, se da la verdad en toda su verdad al hombre que de verdad la busca en la voz del Supremo Pastor...!

Hay que pedir por el Papa para que no se desplome, caído en tierra como la Iglesia, para que grite enseñando la verdad, aunque sea entre sollozos; para que no se desaliente y se quede en silencio como yo; para que sea la antorcha que, con su voz potente, alumbre en medio de la noche; y mi alma con su descendencia, como ovejita del Rebaño del Buen Pastor que le ha sido encomendado por Cristo pueda vislumbrar siempre su luz y le siga vigorosamente hasta la consumación de los tiempos.

"Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que éstos? Él dijo: Sí, Señor, Tú sabes que te quiero. Le dijo: Apacienta mis corderos. Por segunda vez le dijo: Simón, hijo de Juan, ¿me amas? Pedro le respondió: Sí, Señor, Tú sabes que te

[26] Mt 16, 18-19.

quiero. Jesús le dijo: Pastorea mis ovejitas. Por tercera vez le dijo: Simón, hijo de Juan, ¿me quieres? Pedro se entristeció de que por tercera vez le preguntase: ¿Me quieres? Y le respondió: Señor, Tú lo sabes todo, Tú sabes que te quiero. Le dijo Jesús: Apacienta mis ovejas. En verdad, en verdad te digo: Cuando eras joven, tú te ceñías e ibas a donde querías; cuando envejezcas, extenderás tus manos y otro te ceñirá y te llevará a donde no quieras. Esto lo dijo indicando con qué muerte había de glorificar a Dios. Después añadió: Sígueme.

Se volvió Pedro y vio que seguía detrás el discípulo a quien amaba Jesús, el que en la cena se había recostado en su pecho y le había preguntado: Señor, ¿quién es el que te ha de entregar? Viéndole, pues, Pedro, dijo a Jesús: Señor, ¿y éste, qué? Jesús le dijo: Si yo quisiera que éste permaneciese hasta que yo venga, ¿a ti qué? Tú sígueme"[27].

El mundo estaba en tinieblas en el Antiguo Testamento, y la Luz brilló en la noche. Y desde aquel día, esa Luz se perpetúa visible –en medio de la tiniebla y de la confusión que envuelve a la humanidad–, en el seno de la Iglesia, Nueva, Universal y Celestial Jerusalén, por medio del Papa y los Obispos que unidos a él, tienen un mismo sentir y un mismo pensamiento, y proclaman la unidad de la Iglesia en su verdad, en su vida y en su misión.

[27] Jn 21, 15-22.

Pues aunque, como dice el Apóstol, "llevamos este tesoro en vasos de barro para que la excelencia del Poder sea de Dios y no parezca nuestra"[28]; y en cualquier momento alguno o algunos de ellos se puedan romper o quebrar, en la comunidad del Colegio Episcopal unida son ánfora preciosa repleta de Divinidad, para saturar a todos los hombres de buena voluntad que quieran encontrar el Camino de la Verdad que nos conduce a la Vida, lleno de paz, justicia y amor.

Siendo el Unigénito de Dios en persona el que paulatinamente fue depositando en ellos su misma misión: "Como el Padre me envió, así también os envío Yo"[29]; y "el que me recibe a mí no me recibe a mí, sino al Padre que me ha enviado"[30], mandándoles a predicar el Evangelio a toda la creación y encomendándoles su Iglesia: "Vosotros sois los que habéis permanecido conmigo en mis pruebas y Yo os preparo el Reino como mi Padre lo ha preparado para mí"[31], entregándoselo todo de una manera tan sublime, que a través de ello, por medio de la Liturgia y los Sacramentos, la infalibilidad de su doctrina y la plenitud de su pastoreo, Cristo realiza y perpetúa su acción salvadora y santificadora entre los hombres durante todos los tiempos: "Recibid el Espíritu Santo, a los que perdonéis los pecados les quedarán perdonados, a quienes se los retengáis les quedarán retenidos"[32].

[28] 2 Cor 4, 7.
[29] Jn 20, 21.
[30] Cfr. Jn 13, 20.
[31] Lc 22, 28-30.
[32] Jn 20, 22-23.

Por lo que los Apóstoles, humildes pescadores de Galilea, siendo las Columnas de la Iglesia tienen que sostenerla, mantenerla y perpetuarla durante todos los tiempos, ya que como decía Jesús: "Yo estaré con vosotros todos los días hasta la consumación del mundo"[33]. Por lo que los Sucesores de los Apóstoles, siendo las Columnas de la Iglesia, cosa que también el Señor me hizo ver el 3 de septiembre de 1972, son los que tienen que llevarla y sostenerla erguidamente sobre sus hombros, conduciéndola valerosamente; pues si alguno o algunos de ellos por inconsciencia, debilidad humana e incluso mala voluntad, como Judas traicionando al Maestro –"amigo, con un beso entregas al Hijo del hombre"[34]–, aflojaran el hombro o lo retiraran, el santo Templo de Dios aunque esté sostenido por las demás Columnas, ante la descompensación puede parecer que se tambalea.

Convirtiéndose estos Pastores, al sembrar o permitir que se filtre la confusión, en piedra de escándalo y ruina de las almas. Evocándome todo esto el pasaje del Apocalipsis a los Ángeles de las diversas Iglesias:

"Al Ángel de la Iglesia de Éfeso escribe: Esto dice el que tiene en su diestra las siete estrellas, el que se pasea en medio de los siete candeleros de oro: Conozco tus obras, tus trabajos, tu paciencia, y que no puedes tolerar a los malos, y que has probado a los que se dicen

[33] Mt 28, 20.
[34] Lc 22, 48.

apóstoles, pero no lo son, y los hallaste mentirosos, y tienes paciencia, y sufriste por mi nombre sin desfallecer.

Pero tengo contra ti que dejaste tu amor de antes. Considera, pues, de dónde has caído, y arrepiéntete, y practica las obras primeras; si no, vendré a ti y removeré tu candelero de su lugar si no te arrepientes. Mas tienes esto a tu favor: que aborreces las obras de los Nicolaítas, como las aborrezco Yo. El que tenga oídos, que oiga lo que el Espíritu dice a las Iglesias. Al vencedor le daré a comer del árbol de la vida, que está en el paraíso de mi Dios.

Al Ángel de la Iglesia de Esmirna escribe: Esto dice el Primero y el Último, que estuvo muerto y ha vuelto a la vida: Conozco tu tribulación y pobreza –aunque estás rico–, y la blasfemia de los que dicen ser judíos y no lo son, antes son la sinagoga de satanás. Nada temas por lo que tienes que padecer. Mira que el diablo os va a arrojar a algunos en la cárcel para que seáis probados, y tendréis una tribulación de diez días. Sé fiel hasta la muerte y te daré la corona de la vida. El que tenga oídos, oiga lo que el Espíritu dice a las Iglesias. El vencedor no sufrirá daño de la segunda muerte.

Al Ángel de la Iglesia de Pérgamo escribe: Esto dice el que tiene la espada, la espada de dos filos, la aguda: Conozco dónde moras, dónde está el trono de satanás, y que mantienes mi nombre, y no negaste mi fe aun en los días de

Antipas, mi testigo, mi fiel, que fue muerto entre vosotros donde satanás habita. Pero tengo algo contra ti: que toleras ahí a quienes siguen la doctrina de Balam. Así también toleras tú a quienes siguen de igual modo la doctrina de los Nicolaítas. Arrepiéntete, pues; si no, vendré a ti pronto y pelearé contra ellos, con la espada en mi boca. El que tenga oídos, que oiga lo que el Espíritu dice a las Iglesias. Al que venciere le daré del maná escondido y le daré también una piedrecita blanca y en ella escrito un nombre nuevo, que nadie conoce sino el que lo recibe.

Al Ángel de la Iglesia de Tiatira escribe: Esto dice el Hijo de Dios, cuyos ojos son como llamas de fuego y cuyos pies son semejantes a azófar: Conozco tus obras, tu caridad, tu fe, tu ministerio, tu paciencia y tus obras últimas, mayores que las primeras. Pero tengo contra ti que permites a Jezabel, esa que a sí misma se dice profetisa, enseñar y extraviar a mis siervos hasta hacerlos fornicar y comer de los sacrificios de los ídolos"[35]. "A sus hijos los haré perecer de muerte, y conocerán todas las Iglesias que Yo soy el que escudriña las entrañas y los corazones y que os daré a cada uno según vuestras obras.

Y a vosotros, los demás de Tiatira, los que no seguís semejante doctrina, y no conocéis las que dicen profundidades de satanás no arrojaré sobre vosotros otra carga. Solamente la que tenéis, tenedla fuertemente hasta que Yo vaya.

[35] Ap 2, 1-13. 15-20.

Y al que venciere y al que conservare hasta el fin mis obras, Yo le daré poder sobre las naciones, y las apacentará con vara de hierro y serán quebrantados como vasos de barro, como Yo lo recibí de mi Padre; y le daré la estrella de la mañana. El que tenga oídos, oiga lo que el Espíritu dice a las Iglesias"[36].

"Al Ángel de la Iglesia de Sardes escribe: Esto dice el que tiene los siete espíritus de Dios y las siete estrellas: Conozco tus obras y que tienes nombre de vivo, pero estás muerto. Estate alerta y consolida lo demás, que está para morir, pues no he hallado perfectas tus obras en la presencia de mi Dios. Por tanto, acuérdate de lo que has recibido y has escuchado, y guárdalo y arrepiéntete. Porque, si no velas, vendré como ladrón y no sabrás la hora en que vendré a ti. Pero tienes en Sardes algunas personas que no han manchado sus vestidos y caminarán conmigo vestidos de blanco, porque son dignos. El que venciere, ése se vestirá de vestiduras blancas, jamás borraré su nombre del libro de la vida y confesaré su nombre delante de mi Padre y delante de sus Ángeles. El que tenga oídos, oiga lo que el Espíritu dice a las Iglesias.

Al Ángel de la Iglesia de Filadelfia escribe: Esto dice el Santo, el Verdadero, el que tiene la llave de David, que abre y nadie cierra, y cierra y nadie abre: Conozco tus obras; mira que he puesto ante ti una puerta abierta, que

[36] Ap 2, 23-29.

nadie puede cerrar: porque, teniendo poco poder, guardaste, sin embargo, mi palabra y no negaste mi nombre"[37]. "Porque has conservado la palabra de mi paciencia, Yo también te guardaré en la hora de la tentación, que está para venir sobre la tierra, para probar a los moradores de ella. Vengo pronto. Guarda bien lo que tienes, no sea que otro se lleve tu corona. Al vencedor Yo le haré columna en el Templo de mi Dios, y no saldrá ya jamás fuera de él, y sobre él escribiré el nombre de Dios, y el nombre de la Ciudad de mi Dios, de la Nueva Jerusalén, la que desciende del Cielo, desde mi Dios, y mi nombre nuevo. El que tenga oídos, oiga lo que el Espíritu dice a las Iglesias.

Al Ángel de la Iglesia de Laodicea escribe: Esto dice el Amén, el Testigo fiel y veraz, el Principio de la creación de Dios. Conozco tus palabras y que no eres ni frío ni caliente. ¡Ojalá fueras frío o caliente!; mas porque eres tibio, y no eres caliente ni frío, estoy para vomitarte de mi boca. Porque dices: Yo soy rico, me he enriquecido, y de nada tengo necesidad, y no sabes que eres un desdichado, un miserable, un indigente, un ciego y un desnudo; te aconsejo que compres de mí oro acrisolado por el fuego, para que te enriquezcas, y vestiduras blancas, para que te vistas y no aparezca la vergüenza de tu desnudez, y colirio para ungir tus ojos, a fin de que veas. Yo reprendo y corrijo a cuantos amo; ten, pues,

[37] Ap 3, 1-8.

celo y arrepiéntete. Mira que estoy a la puerta y llamo; si alguno escucha mi voz y abre la puerta, Yo entraré a él y cenaré con él y él conmigo. Al que venciere le haré sentarse conmigo en mi trono, así como Yo también vencí y me senté con mi Padre en su trono. El que tenga oídos, oiga lo que el Espíritu dice a las Iglesias"[38].

Iglesia mía, ¡cuánto me duele el alma...! ante la contemplación por una parte tan gloriosa y por otra tan dramática, de la situación que en el pasar de los tiempos te vas encontrando.

Hoy quiero abrirme totalmente a tu voz entrecortada y jadeante, y recoger los sollozos desgarradores que se te pierden en el silencio de la incomprensión.

Hoy quiero, con mi descendencia, volver a renovar mi misión y mi propósito de ser "el Eco" de la Iglesia mía...

Hoy quiero poderme llamar en todo el sentido de la palabra, y así ser descanso para la Iglesia en fruto de renovación: "Trinidad de la Santa Madre Iglesia". »

« Lágrimas del alma irrumpen al pecho
con grandes quejidos de mi corazón,
por la gran nostalgia que guardo en silencio,
en noches cercadas de una incomprensión...

Gemidos se escapan en hondos lamentos...;
todo queda dentro sin explicación,

[38] Ap 3, 10-22.

porque la inconsciencia envuelve la vida
de aquellos que pasan a mi alrededor.

Noches prolongadas son mis agonías;
Dios solo comprende, "por su petición",
todo cuanto oculto de dolor sagrado,
bajo la sonrisa de una inmolación.

Nada pide el alma que marcha al Eterno;
Dios cubre con celos cuanto la infundió;
ella sólo sabe guardar en secreto,
hondas opresiones en su contención.

¡¿Qué importa que sufra, si sólo el silencio
conoce el misterio que obró en mí el Amor...?!
Silencios sagrados oprimo en mi entraña,
ocultando días en frutos de don.

Corre el tiempo y juega con mis agonías;
yo espero en la noche al Libertador.
Conquistas de gloria son mis apreturas,
vida de los hombres, fruto en redención.

Piérdase el gemido de mi gran nostalgia;
Dios habló a mi alma, en victimación,
peticiones fuertes que van taladrando
la hondura secreta de mi corazón.

Nada hay tan sangrante cual la indiferencia,
que me deja herida en crucifixión.
¡Rompa hoy el silencio de mis contenciones
en explicaciones por beso de Dios! »

13-1-1975

* * *

Y para que no quedara como derrumbada contigo, Iglesia mía, sino para que te conociera en toda tu realidad, como a Cristo, tu Cabeza tan divina como humana, también me fuiste mostrada por Dios cual ¡torre invencible...!, ¡fortificada!, el día 23 de enero de 1971; cuando desgarrada y envuelta por el penar de la Iglesia, dolorida, parecía que no podía más, y expresaba como podía su desgarro, sumergida y anegada en el dolor de esta Santa Madre, que de tantas maneras le ha pedido ayuda a mi pobre, asustada y temblorosa alma:

23-1-1971
«Torre fortificada»
(Fragmentos)

« Veo a la Iglesia llorosa, jadeante y encorvada; envuelta y desencajada en su propia humillación.

Veo cómo se deslizan por sus mejillas sagradas, como perlas engarzadas, lágrimas de inmolación.

Son sus ojos dos luceros, como soles encendidos en resplandores divinos y en destelleos de cielo.

Y, a pesar de ser dos soles sus ojos enrojecidos por el dolido penar de su llanto enmudecido, apercibo en su mirar un dolor tan dolorido, tan hondo y enternecido, que al verla

en tanto penar, mi pecho rompe en quejidos sin poderla consolar.

¡Quiero llorar con la Iglesia...!, y, con ella desplomada, ir recogiendo adorante el lagrimear penante que, en su hondo sollozar, hace a mi Madre tan bella, al caerle, como perlas, por sus mejillas sagradas llenas de Divinidad...

Mi alma se siente Iglesia, ¡tan metida en su verdad! que, siendo su confidente en este peregrinar, he de mostrar a las gentes lo que la Iglesia silente me cuenta en su sollozar...

Soy “el Eco” de la Iglesia y, a pesar de ser cantar para decir las grandezas que Dios me quiso mostrar, hoy en silencio he quedado al no poder expresar este dolor tan sagrado que apercibe mi penar en el pecho de la Iglesia con sollozante clamar.

Quisiera, si yo pudiera, en la manera de amar con que yo amo a la Iglesia, vivir siempre en el destierro junto a ella en su penar cuanto duraran los siglos y perduraran los tiempos, por si me viene a buscar.

Mi martirio hoy no ceja... [...] Quiero decir a la Iglesia, ¡pero me ahoga el dolor...!

Yo sé el sufrir de la Iglesia, el porqué de su pavor, su misión entre los hombres y su divino esplendor, los secretos infinitos que encierra en su corazón; por eso tengo en el pecho

un taladrante dolor, al no encontrar quien escuche mi jadeante pregón; un martirio tan cerrado ante el peso tan sagrado que el Señor depositó en la hondura de mi hondura, que me ahogo en la llenura de su don...

[...] ¡La veo desencajada, jadeante y encorvada, con sus mejillas hundidas, en lágrimas empapadas...! La veo como asustada, buscando dónde encontrar aquel que le preste ayuda en su duro caminar...

Junto a ella, de rodillas, queriéndola consolar veo al "Eco de la Iglesia" como una pobre chiquilla que sólo sabe llorar.

Cuando ya parecía que mi tortura era irresistible, por no poder contener, ni querer expresar, ni siquiera dejar traslucir nada de lo que encerraba en mi corazón; de pronto he contemplado a la Iglesia una vez más, dentro de su agonizante amargura y de la terrible situación en que se encuentra: ¡serena...!, ¡tranquila...!, ¡majestuosa...!, ¡inmensa, inderrumbable, invencible, fuerte, inconmovible...!

Mientras que a mí me he visto como una niña pequeñita, tanto que al lado de la Iglesia no era más alta que sus zapatos –si ésta hubiera tenido zapatos–.

Me vi tan pequeñita, que no sabía si compararme con un ratón o con una hormiga... No sabía si la Iglesia me iba a reñir, si habría hecho algo mal...

Hasta sentí miedo, sin saber por qué; pues, al ver que la Iglesia empezaba a agigantarse tanto ante mí y yo aparecía tan pequeñita a su lado, temí haberla disgustado en alguna cosa...

¡Oh qué terrible...! ¡Cómo veo a la Iglesia...! [...] ¡Qué realeza...!, ¡qué fortaleza...!, ¡qué majestad...!, ¡qué firmeza...!, ¡qué señorío...! ¡Qué inmensa...!

¡Oh, cómo la veo...! ¡Nunca la contemplé así...! Me he quedado ¡tan pequeñita, tan pequeñita! a su lado, que estoy asustada por su inmensidad y mi pequeñez...

¡Ah...! ¡Pero no...! ¡Si es mi Madre...! ¡Si me ama con el corazón de Dios...! ¡Si yo soy su Eco, su pequeña, el receptor de sus penas y de su lagrimear penante, de su respiración entrecortada por el dolor...!

¡Cómo veo a la Iglesia...! ¡Oh cómo veo a la Iglesia...!

¡Como una roca invencible de insólita caridad, en poderío terrible, repleta del Dios viviente, en su Luz resplandeciente, llena de Divinidad...!

Yo no sé cómo expondría, con mi impotente expresar, este mi nuevo concepto que hoy Dios me ha querido dar, al descubrir a la Iglesia, cual "torre fortificada", en su inmovible verdad.

Toda yo estoy asustada por su terribilidad, sintiéndome tan pequeña, al quererla contemplar, que, toda translimitada, no la consigo abarcar...

La Iglesia es como una reina, que, aunque la vea encorvada en su terrible penar, ¡tiene en sí tal realeza, tal señorío y grandeza que nunca podré expresar...!

¡Nunca me vi tan pequeña al ladito de la Iglesia, sin un palmo levantar...! ¡Ella es erguida y hermosa!, ¡toda fuerte y valerosa!

Hoy la Iglesia se ha mostrado tan inmensa a mi mirada, que aunque la viera tirada y aunque se hunda en la hondura de su profunda amargura y en su tristeza mortal, yo me siento desplomada ante su realidad...; orgullosa y anegada, llena de felicidad al verla tan sublimada, por Dios mismo levantada, en su majestuosidad.

¡Y yo soy tan pobrecita, que no lo puedo explicar...! ¡Me siento tan pequeñita cual nunca pude pensar...!

¡Qué misterio...!: y, a pesar de todo esto, ¡yo la he de consolar...!

¡Oh, cómo he contemplado a la Iglesia...!: ¡Como una "torre fortificada"...!, ¡terriblemente inmensa...!, ¡por encima de todo lo creado...! ¡Tan hermosa!, que era capaz de enloquecer a Dios de amor por el esplendor de su belleza y la hermosura y lozanía de su juventud. Y al

mismo tiempo yo me he contemplado diminuta y pequeña como si fuera su zapatito...

Y desde mi pequeñez, mirando arriba, contemplaba la excelsitud subyugante del Poderío infinito que sobre ella se derramaba, y veía cómo la repletura de la Divinidad, el manantial de su vida, su misión esplendorosa y su dolor sangrante se deslizaban, desde su divina y real Cabeza, por todo su Cuerpo Místico empapando a todos sus miembros, hasta la pequeñez diminuta de su zapatito; que, desde allí, en el suelo, apercibía, por el lagrimear de sus sublimes mejillas, el sollozo de su corazón, el latir de su pecho y el gemir de su hondura, con su realidad pletórica, para que yo la recibiera, me empapara, saturándome, y así, a mi vez, impelida por la fuerza de su poderío, la comunicara. Veía que me lo daba todo; pero desde su grandeza a mi pequeñez, desde su altura a mi bajeza, desde su riqueza a mi pobreza, desde su maternidad a mi filiación, de su todo a mi nada, desde su cantar a mi repetir en Eco.

Siendo yo como un estuche chiquitito que va recibiendo todo ese vivir y sangrar de mi Madre Iglesia, para abrir después mi corazón y dejar al descubierto el requejido, en palpitar de ternura infinita y de agonía sangrante, que ella va depositando en mí para su descanso y para comunicación y entrega de su tesoro a los hombres.

Porque el tesoro de la Iglesia a mí se me comunica a través de sus quejidos, de sus lá-

grimas, de su hablar tembloroso, de sus palabras entrecortadas por el llanto; a través del centelleo de su corazón, de su silencio sangrante, de su soledad insospechada; a través de su misión no escuchada y de su secreto no recibido; a través del manantial infinito de su vida, contenido y encerrado en la médula profunda de su pecho y en las cavernas de su ser.

Todo esto la Iglesia lo va deslizando y derramando, descubriendo y depositando en el cofre pequeñito de mi corazón. Y como una prensa reprimida, mi alma suspira jadeante, buscando dónde y en quién depositar mi tesoro... »

Y por eso, nuevamente en el transcurrir de los años, el Señor me siguió mostrando en sabiduría amorosa de aguda penetración las situaciones dramáticas por las que iba y va pasando la Iglesia, a través del peregrinar de este destierro, y en las que la ponen la insidia descarada o asolapada de sus enemigos y la inconsciencia, la frialdad y aun la traición de muchos de sus propios hijos.

25-2-1975
«Iglesia, ¿por qué me ocultas tu rostro?»
(Fragmentos)

« El día 23 de febrero de 1975, haciendo oración junto al Sagrario [...] he vuelto nuevamente, en un rayo luminoso de profunda pe-

netración de sabiduría amorosa, a contemplar en luz desde el pensamiento divino y ardiendo en las candentes llamas del Espíritu Santo, con los ojos del espíritu, la situación escalofriante de la Iglesia.

En una densa noche de oscuridad y sofocantes nubarrones ha contemplado hoy mi alma dolorida a mi Santa Madre Iglesia, que, desplomada de dolor, ha quedado envuelta por una nube oscura, tenebrosa y espesa; la cual oculta los soles que, en su interior, la luz infinita y centelleante del Verbo, como Cabeza, hace resplandecer en manifestación del Infinito Ser a los hombres.

¡¡Una densa noche cubre a la Nueva Jerusalén, a la Ciudad de Dios entre los hombres, envuelta en oscuros nubarrones de confusión que ocultan la luz resplandeciente de la faz de Cristo, repletándola y hermoseándola con su misma divinidad...!!

"Eres morena, pero hermosa, Hija de Jerusalén"[39]; morena y como ennegrecida por los pecados de soberbia, inconsciencia y cobardía de muchos de tus hijos, que, sembrando o dejando que se expanda la confusión, así te han puesto.

¿Cómo podrá mi alma contemplar a mi Iglesia mía como agonizante de dolor, sin morir...? ¿Por qué tendré que seguir viviendo en el país

[39] Cfr. Ct 1, 5.

de la ingratitud y del desamor, para saber, en un saboreo tan amargo, el Getsemaní penante de mi Madre Iglesia desgarrada...?

¿Quién podrá comprender la tristeza triste que se apodera de mi ser ante mi Iglesia Madre, ¡como sofocada! por una oleada de inmundicia que la envuelve, queriendo destruir el invencible poderío de su fuerza, cimentada y sostenida por la mano omnipotente del que, con cariño tiernísimo de Esposo, la cobija bajo su sombra amparadora...?

¡Un manto real de sangre envuelve a la Iglesia mía, porque es Cristo, el Verbo Infinito del Padre, el que, desposándose con ella, la levantó ante todos los hombres como bandera de amor, de justicia y de paz...!

He sentido que mi pecho quedaba hondamente taladrado por la herida dura que la contemplación de mi Iglesia abría en las entrañas de mi espíritu en un grito desgarrador de: ¡¡Yo no quiero ver así a mi Iglesia mía, a la Nueva Sión...!!

Durante un rato he estado padeciendo desconsoladamente la desolación desgarradora de la Iglesia. ¡Cómo he comprendido aún más las palabras de Pablo VI: "El humo de satanás ha penetrado por las grietas del santo Templo de Dios, que es la Iglesia..."!

¡La ola de confusión es tan densa, tan oscura y tan tenebrosa, que envuelve totalmente a la Iglesia desplomada en tierra, ocultando

ante la vista de todos sus hijos el esplendor de su gloria que se me manifiesta siempre, aunque sea en la sangrante noche de Getsemaní!

He experimentado tanto dolor, ¡tanto, en mi escalofriante impotencia!, que, cayendo desplomada junto a la Iglesia, he deseado con todas las fuerzas de mi corazón morir en destrucción de victimación desgarradora por ella.

Me han faltado las fuerzas para seguir viviendo, deseando la aniquilación de mi pobrecito ser, que, ante su Madre Iglesia aparentemente moribunda, ha sentido la necesidad de que la nube tenebrosa que la envolvía, no me dejara fuera, sino que me envolviera a mí también, para que lo que fuera de ella pasara a ser de su pequeño "Eco".

Sólo podía repetir desde lo más profundo de mi corazón, en alaridos torturantes que herían la médula de las entrañas de mi ser, locamente subyugado por amor a la Iglesia en cariño y ternura de hija pequeñita que no resiste ver a su Madre santa en tan escalofriante situación: ¡Yo no quiero ver así a la Iglesia...! ¡¡Yo no puedo ver así a la Iglesia...!!

Necesito morir, como suprema rendición de mi impotencia que, no sabiendo cómo ni qué hacer para ayudarla, desea, ante tan desoladora contemplación, destruirse como respuesta de total entrega.

¡¡Yo no quiero ver así a mi Iglesia...!! ¡¡Yo no quiero ver así a mi Iglesia...!!

¿Por qué, en su seno, la faz hermosa del Verbo Encarnado ha quedado oscurecida...?

¿Por qué el poder de las tinieblas envuelve a la Iglesia mía...?

¿Por qué el "Eco" pequeñito de la Iglesia, de rodillas y postrada en desplomación de dolor, no ha podido descubrir, tras los nubarrones que cubrían a la Iglesia, el rostro de su Santa Madre...?

¿Qué es lo que me oculta a mí su faz hermosa, aunque sea envuelta por un manto de luto y desolación...?

¡¡Yo no quiero ni puedo ver así, desde fuera, a mi Iglesia mía...!! ¡¡Yo no quiero ver así a mi Iglesia mía...!!

¡Yo quiero que Dios me dé paso, y profundizarme dentro de su nube, aunque me ahogue en los tenebrosos y espeluznantes nubarrones en que la contemplo envuelta, para padecer con ella la asfixia humeante de la confusión que la intenta sofocar...! [...]

¡Yo quiero ser Iglesia con todas sus consecuencias, en expresión vibrante de todo cuanto ella es, vive y manifiesta, dentro de todas y cada una de las situaciones en que la soberbia de los grandes y la cobardía de los pusilánimes la pone, con la ingratitud y la indiferencia desgarradoras de su desamor...!

Cómo puede hoy decir la Iglesia: "Busqué quien me consolara, y no lo hallé"[40]; porque busqué quien me comprendiera, quien me acompañara, quien me conociera, quien me levantara y quien me presentara ante la vista de todos los hombres en la esplendidez pletórica de mi realidad, ¡y no lo encontré...!

[40] Sal 68, 21.

La luz está entre las tinieblas, y éstas, no sólo no la recibieron, sino que intentan sofocarla con una asfixiante nube de confusión inexplicable...

"Los hijos de las tinieblas son más sagaces que los hijos de la Luz"[41]; y al ver a la Iglesia tirada en tierra y como en un aparente desamparo por parte de Dios y de los hombres, se han lanzado sobre ella en una sarcástica carcajada de triunfo, sin saber que el amor infinito de Yahvé está en celo por la gloria de su Amada: "El celo de tu Casa me devora"[42].

Por lo que la mano del Omnipotente, si la situación de la Iglesia no cambia, tal vez se descargue sobre aquellos que, profanando su santo Templo, intentan convertirlo en "cueva de ladrones"[43].

Después de ver a la Iglesia en tan inexplicable situación, he comprendido, llena de dolor y a un mismo tiempo de gozo –de gozo por ser la luz de la infinita Sabiduría amorosa la que impregnaba mi espíritu, y de dolor por la comprensión que esta misma Sabiduría me daba en

[41] Lc 16, 8.
[42] Sal 68, 10=Jn 2, 17.
[43] Mt 21, 13.

penetración de la sapiental palabra del Verbo, que, sin nada decir, ilustraba mi alma con su fuego–, el porqué estaba la Iglesia envuelta por una densa nube de oscura y tenebrosa confusión: Los soles del Espíritu Santo están sofocados por esta densa nube de confusión, que ha sido producida por la soberbia y cobardía de los hombres desde fuera y desde dentro en el seno de la Santa Madre Iglesia. [...]

¡Cómo he comprendido también, en una sorpresa de inefable gozo, que es necesario que la Virgen irrumpa desde el seno de la Iglesia con el resplandor de los soles que, envolviéndola durante toda su vida, especialmente desde el momento de la Encarnación, la hacen ser, en el seno de la Iglesia y para la misma Iglesia, la Madre del amor hermoso, en la cual y a través de la cual, se nos comunica la donación eterna del Amor Infinito...!

Por María, el Verbo Encarnado nos trae al Espíritu Santo con la repletura de todos sus dones, saturándonos de Divinidad. Es la Virgen, la Nueva Eva, Esposa del Espíritu Santo, Madre del Verbo Encarnado e Hija predilecta del Padre, la que, por voluntad de Dios, ha de romper e irrumpir con los soles del mismo Espíritu Santo que Ella encierra, desde el seno de la Iglesia; el cual es ánfora preciosa repleta de Divinidad que necesita, como un volcán encendido, reventar en erupciones con los fulgores infinitos de la misma Divinidad; y a través de la Virgen, y bajo el amparo de su Mater-

nidad, como Madre universal de la Iglesia santa de Dios, la Nueva Sión, quiere infundirse en las almas de los hombres con corazón de Madre y amor de Espíritu Santo.

¡Cómo ha aflorado a mi mente aquella realidad que, quedando grabada en mi alma en el año 1959, me hacía clamar que era voluntad de Dios que se pusiera a la Virgen en la Iglesia en el sitio que le correspondía como a Madre de Dios y de la misma Iglesia, la cual es fruto de su Maternidad divina...!

Pues por Ella, Nueva Eva, por el fruto virginal de su vientre bendito nos vino el Autor de la vida que quita los pecados del mundo; levantándonos por el fruto de su resurrección gloriosa a una vida nueva, y que nos conduce a la Nueva y Celestial Jerusalén, triunfante y gloriosa, sin manto de luto y vestida de novia.

¡Cómo he entendido el empeño de los hijos de las tinieblas en hacer desaparecer o ensombrecer la figura resplandeciente de la Madre de Dios de la mirada de los hombres...!: "La llena de gracia", de tal forma que cualquier gracia concedida a los hombres en cualquier momento de sus vidas, Ella la tuvo en plenitud durante todos y cada uno de los momentos de la suya. Por lo que clamaba mi alma en el mismo año 1959:

Es María la que tiene la culpa de que todos los hombres se llenen de gracia y vayan a Dios. Porque por Ella se nos da la Fuente de la vida que brota de los eternos y vivificantes manantiales del Seno del Padre, desde el costado abier-

to de Cristo y por Él se derrama a borbotones sobre toda la humanidad.

Y ¡cómo he comprendido también el trabajo de la sagacidad de los enemigos de la Iglesia por desfigurar la divinidad de Cristo! "¡Raza de víboras y sepulcros blanqueados...!"[44]. [...]

Mi mirada espiritual ha quedado penetrada de una tan profunda comprensión con relación a la misión importantísima de la Virgen en el seno de la Iglesia, por ser la Madre del Verbo Encarnado, el Unigénito de Dios, que he vuelto a ver con una más luminosa penetración que, así como por Ella y a través de Ella se realizó el misterio de la Encarnación, y por él la donación de Dios que es Cristo, a los hombres; hoy, ante la situación escalofriante de la Santa Madre Iglesia, es por María y a través de Ella por quien los soles del Espíritu Santo quieren irrumpir, disipando las tinieblas de la densa nube que envuelve a la Ciudad Santa de Dios, Nueva y Celestial Jerusalén.

¡Están ensombreciendo a la Virgen dentro del seno de la Iglesia mía...! ¡Intentan quitarla del corazón de sus hijos! ¡Quieren ocultar los soles del Espíritu Santo que la envuelven, haciéndola Madre del mismo Dios Encarnado y Madre de la Iglesia universal...!

Y aún más, se atreven, con doctrinas confusas y hasta engañosas, a desfigurar la divinidad

[44] Mt 23, 33. 27.

de Cristo. ¡Con lo que la Iglesia ha quedado sumergida en una noche de densa y tenebrosa oscuridad! »

« ¡Oh Nueva Jerusalén!,
si siempre te contemplara
como el día en que te vi
como una reina enjoyada...

Si siempre te viera hermosa,
triunfante y engalanada,
como esposa del Dios vivo
y por todos aclamada...

¡Oh Nueva Jerusalén!,
mi alma está desgarrada
al verte triste y llorosa,
jadeante y encorvada.

Te vi vestida de luto,
en tu entraña traspasada
por la ida de tus hijos
que hacia otras tierras marcharan;

te vi encubriendo tus joyas,
morena y desconsolada;
¡pero yo nunca te vi
tan triste y tan ultrajada!

Hoy no sé cómo expresar
esto que siente mi alma.

Es un martirio tan hondo
el verte abofeteada,
por tus hijos escupida,
zaherida y maltratada,

en tu caminar penoso
en esta tierra manchada,
que, si no te conociera,
te creyera abandonada.

¡Pero no!, Dios está en celo
por la gloria de su Amada;
su amor se siente enojado,
su mirada está irritada.

¡Oh qué terror!, si Dios llora
cuando ve a mi Iglesia amada...
Y si Dios llora al mirarla,
¿cómo mi ser no llorara?

¡También mi alma está en celo,
también se siente ultrajada,
también anda temblorosa
y se ve abofeteada!

También... ¡porque soy Iglesia!
Tan sólo Iglesia es mi alma,
y su misión es la mía,
su tragedia está en mi entraña,

y la gloria de su nombre
es la gloria que me abrasa,

porque no tengo más gozo
que verla glorificada.

¡Oh, qué triste está mi Iglesia!
¡Oh, si yo la consolara
y la viera nuevamente
como una reina enjoyada...!

¡Oh, qué herida está mi Iglesia!
¡Ay, qué triste está mi alma!
Pero... si Dios mismo llora,
¿cómo yo la consolara...? »

28-4-1969

« ¡Qué dolor tan dolorido, tengo dentro de mi entraña!, ¡qué agonía tan profunda y qué pena tan amarga...!

Sólo Dios sabe el misterio, de eso que a mi alma embarga, por ser gemido silente que toca aquel punto hiriente, donde Dios me besa en llaga...

Soledad tengo en mi hondura, porque así mi vida vaga, sintiéndome incomprendida, allí dentro en mi recámara...

¡Gimo con triste lamento, sin hálito para nada, porque aprisionada he sido con cadenas tan cerradas, que están cercados mis días, por mi dolor taladrada...!

Padre, si fuera posible que el cáliz no rebosara, porque encontrara el consuelo, que mi espíritu reclama...

Mas, si posible no fuera, yo beberé hasta apurarla, la amargura de su hiel, para gloria repletada del Esposo y de la Iglesia que fue por Él coronada...

¡Yo quiero ofrecer por ella, en retornación sagrada, el morir de mi existencia en días que nunca pasan, porque siempre se repiten en mi cruz crucificada...!

Mas ¡qué importa! si mi Cristo, en celos que rompe en llamas, mirándome con tristeza, mi pobre ayuda reclama, para que alce a la Iglesia del modo que Él me mostrara...

¡Qué peregrinar más largo por el que cruza mi alma... en mi suspirar constante buscando a Aquél que me llama...!

Mas mientras viva muriendo, he de estar en cruz clavada viviendo mi sacerdocio, prendida entre Dios y el hombre, como Jesús me enseñara...

Nada quiero rechazar, pues con mi "sí" fui sellada, el día que me ofrecí por mi Iglesia victimada...

¡Esposo, estoy en tus manos! Ya nunca temeré nada, porque en tu pecho mecida, así, me encuentro arrullada con amores infinitos, ya que Dios mismo me abraza, como Jayán encelado, diciéndome que me ama...!

Todo acepto, Dueño mío, no quiero rechazar nada; quiero colgada contigo en tu cruz cru-

cificada, ser gloria del Infinito en inmolación callada...

¡Si es posible, Esposo mío, que este cáliz se pasara...! Mas si es tu voluntad que viva siempre inmolada, he de encontrar la manera de gozar cuando me clavan, pues sé que son tus amores, victimando a los que amas, los que me piden renuncias en silencios que no acaban... »

1-10-1977

Y cuántas veces, desde el 18 de marzo de 1959 de una y otra manera Dios me mostró a la Iglesia ¡tan hermosa...!, ¡tan sublime...!, ¡tan divina y tan Señora...!, Esposa en juventud del Cordero Inmaculado, desposada con Él en matrimonio eterno.

Nostalgia de un pasado guardado en el secreto y el silencio de la incomprensión, en espera incansable de que llegue el momento después de mi marcha hacia el cielo, para que pueda ser descubierto, según el pensamiento divino lo ha plasmado en mi corazón, y se manifieste la realidad profunda y pletórica de la Santa Madre Iglesia, Esposa del Cordero inmaculado e inmolado, en este duro destierro;

siendo como Él y con Él, despreciada, ultrajada, tirada en tierra y llorosa, jadeante y encorvada; ocultando la hermosura de su rostro, la esplendidez de su juventud, tras la nube de confusión que asfixiantemente intenta ahogar el

cántico infinito de Cristo por la Iglesia, con sus lamentaciones llenas de desgarro por su doloroso y desolador Getsemaní:

la Santa Madre Iglesia, que de unas y otras maneras Dios la ha descubierto a mi alma: en su triunfo de gloria y el desgarro de su crucifixión incruenta, y me sigue mostrando en situación aún más dramática, si cupiera, a través de este duro peregrinar; para que la proclame y la manifieste en el momento determinado en su infinita voluntad del modo que, antes de marchar a la eternidad, lo pueda realizar; y que ahora quiero ir dejando traslucir evocando algo de cuanto, para que lo manifieste, Dios imprimió en lo más profundo, recóndito y lacrado de mi corazón.

Por lo que sólo en retazos he dejado trasvelar algunas de las lamentaciones llenas de peticiones de la Iglesia en mi alma, su requejido en mi pecho y sus amores en mi corazón.

Soy el Eco de la Iglesia, y la Iglesia es mi canción.

* * *

Por lo que también quiero traer a mi recuerdo lo que el Señor me hizo vivir el día 8 de abril de 1959, manifestando algo de lo que traslimitadamente comprendía, sobrepasada de amor a mi Santa Madre Iglesia;

cuando la contemplé como una Reina enjoyada toda vestida de fiesta luciendo sus ricas joyas, como Esposa del Cordero;

día en el cual mi alma, enloquecida de amor, te manifestaba, Iglesia mía, como andaluza que soy, en expresión de mi tierra del modo que podía en mi pobreza y bajo mi limitada expresión:

8-4-1959
«Hermosura de la Iglesia»
(Fragmentos)

« ¡Cómo me duele el alma en amor a la Iglesia...! Cómo amo a mi Madre Iglesia, ¡tan sencilla y tan paloma!, ¡tan Reina, tan Señora y tan Palabra!, ¡tan repleta de Divinidad...!

¡Eres toda hermosa, Hija de Jerusalén, Iglesia engalanada y triunfante...!

[...] ¡Iglesia, orgullo mío...! ¡Sí, eres mi orgullo, mi gloria, mi estandarte y mi corona, Iglesia mía...! Sí, no tengo más orgullo que ser hija de Dios e hija de la Iglesia.

¡Qué hermosa es la Iglesia...! ¡Pero qué hermosa es la Iglesia...! Hija de Jerusalén, ¡qué hermosa eres...!

Estoy locamente enamorada de mi Madre Iglesia... Yo no sabía que se podía uno enamorar de ella, como se enamora de Dios.

Yo adoro a la Iglesia en su real Cabeza, aunque tenga muchos miembros muertos y otros muy enfermos. Porque, aunque muchos de sus hijos la tengan tan afeada, aunque esté vestida de negro y tirada en tierra, la Iglesia, aunque esté desgarrada y sangrando, aunque esté llorando y de luto, y aunque tenga todas sus joyas cubiertas con un manto negro, ¡es toda hermosa!, aunque sea morena por sus hijos manchados.

"¡Eres morena, pero hermosa, Hija de Jerusalén!; tus ojos son palomas..."[45]. ¡Avanza triunfante! como un ejército de amor, que no habrá quien se te ponga delante.

¡Avanza, que tú eres fecunda con el Padre, cantas con el Verbo y te abrasas y abrasas de amor con el Espíritu Santo a todos tus hijos...!

¡Iglesia mía, Iglesia santa...!, si yo pudiera cantar tus glorias..., manifestar tu hermosura y proclamar tus grandezas... Pero no, no tengo palabras para cantarte, ni expresión para piropear a mi Iglesia Reina.

¡Ni toda la grandeza y sabiduría de Salomón, ni las melódicas poesías del Cantar de los Cantares, ni todos los pintores juntos, ni todos los poetas juntos, ni todos los artistas, ni todos los conciertos juntos cantándote, intentando expresarte y manifestarte, pueden decir algo de lo hermosa que Dios te hizo, Iglesia mía...!

[45] Cfr. Ct 1, 5. 15.

[...] ¡Si eres toda hermosa, dulce y agradable al paladar de Dios...! Eres alta, con tu copa metida en el Seno del Padre, ¡alta y esbelta, fuerte y "terrible como un ejército en batalla"[46], dispuesta a enloquecer al mismo Dios de amor...!

Iglesia mía, tú no sufras... ¡No me sufras, [...] Iglesia santa, Iglesia Madre! ¡Que tú eres fecunda con la fecundidad del Padre; y cantas...!, ¡cantas con su mismo Hijo, el Verbo de la Vida!

Eres fecundamente terrible y cantas en una fecundidad amorosa, expresando con el Verbo; y te derramas, como bálsamo de misericordia que sale del Seno del Padre por el Verbo, abrasada en el Amor del Espíritu Santo... ¡Te derramas en amor misericordioso, Iglesia mía!

¡Ay, si yo pudiera cantar a mi Iglesia Católica, Apostólica, bajo la Sede de Pedro...! ¡Si pudiera cantarte la canción que te cuadra...! ¡Si pudiera decirte a todas las almas como yo siento que te digo en la mía...! ¡Si tuviera palabra para expresarte...!

Pero no la hay. No hay más que una Palabra que adecuadamente exprese al Padre y exprese a la Iglesia, y es el Verbo.

El Verbo del Padre le canta a Éste todo su ser y toda su hermosura en una sola y silencio-

[46] Ct 6, 4.

sa Palabra. Y el mismo Verbo Encarnado es la Cabeza de la Iglesia, que canta al Padre, en una Palabra silenciosa y terrible, toda la hermosura de la Iglesia; y el que canta su Canción infinita de amor a Dios y a los hombres en la Iglesia y por la Iglesia.

Porque la Iglesia tiene todos los tesoros del corazón de Dios, que se derraman y desparraman del Seno del Altísimo por el costado abierto de Cristo sobre ella hermoseándola, "como el ungüento que, chorreando por la barba de Aarón, se derramaba hasta la orla de sus vestiduras"[47].

A la Iglesia se le derrama, se le derrama como una mantilla blanca, toda hermosa, el Verbo que sale del seno del Padre; ¡y se le derrama en Palabra que canta!

[...] ¡Pero qué engalanada está la Iglesia mía, y qué Señora...!

¡Hoy la Iglesia está vestida de blanco...!; con una mantilla blanca, ¡blanca...!, ¡encima de una peina blanca también, como coronando sus sienes de Reina, que hace caer su mantilla de novia sobre el rostro bellísimo y luminosísimo de la Iglesia, hermoseándola y engalanándola...!

¡Está engalanada..., toda vestida de blanco..., sin velo de luto...! ¡Toda cubierta de joyas, con

[47] Sal 132, 2.

su rostro resplandeciente de alegría y felicidad, de plenitud y de vida...!

¡Ay, qué mantilla blanca envuelve hoy a mi Iglesia mía...! ¡Ay, qué peina tan alta y tan señora está ennobleciendo hoy las sienes y la figura de la Iglesia Reina...! Iglesia mía, ¡qué hermosa eres...!

¿Será posible que no pueda expresarte ni decirte a los hombres...? Sí, tú eres toda hermosa, Hija de Jerusalén; sí, toda candorosa... Tú, la única paloma blanca y hermoseada con la blancura, santidad y virginidad del ser de Dios...

[...] ¡Que vengan...!, ¡que vengan todos los poetas y los músicos y todos los artistas a cantar a la Iglesia mía! ¿A ver si pueden decir algo de mi Iglesia santa...? Que yo les digo que no, ¡que no hay palabra humana para expresarla...! Sólo el Verbo Infinito del Padre, la Palabra divina y eterna, la puede expresar adecuadamente como se merece.

[...] ¡Iglesia!, ¡eres hermosa! ¡Nunca te vi así...! Te he visto enjoyada y de luto, ¡pero nunca te he visto derramándote, como te derramas, en santidad, justicia, verdad, misericordia y amor...! [...] ¡Te derramas en maternidad con el Padre, en canción con el Verbo y en amor con el Espíritu Santo...!

¡Oh Iglesia Madre, orgullo de mi *alma-Iglesia*! ¡Qué hermosa eres...! [...] ¿De dónde sacaré

una palabra adecuada para cantar y piropear a mi Iglesia...? Pero no hay palabra humana que la exprese. La Palabra única adecuada es la que le canta al Padre en silencio; por eso yo, Iglesia mía, te contemplo y te amo, y tengo que quedarme en silencio para poderte expresar en silencio con Cristo.

¡Pero si veo que se me han terminado las expresiones, y tengo hoy que decir, que piropear a la Iglesia mía...!

Sí, yo soy andaluza y sevillana, y me derramo en expresión de mi tierra para cantar a la Iglesia...

Necesito cantar a la Iglesia como andaluza que soy, y necesito decirla ¡que tiene una mantilla, una mantilla blanca con una peina que llega hasta el cielo...!

¡Ay, Hija de Jerusalén, ataviada con todas las joyas...! [...] ¡Hija de Jerusalén! ¿Qué puedo decirte yo...? [...] ¡Estoy como loca de amor a la Iglesia...!

¡Que vengan las ferias...! ¡Que vengan las ferias con todas sus luces, con todas sus danzas, con todas sus alegrías, con todos sus cánticos, para cantarle a la Iglesia mía...!

¡Todas las fiestas...! ¡Todas las fiestas que se adornen y engalanen, que la Iglesia está tan ataviada con todas sus joyas...!

Iglesia mía, ¡qué hermosa eres! Avanza triunfante, Hija de Jerusalén, hermoseada y engalanada con todas las joyas que el Esposo divino te regala el día de sus bodas eternas. ¡Iglesia mía, avanza triunfante!

[...] ¡Cómo se le derrama a Dios su hermosura en la Iglesia...! ¡Cómo derrama su alegría en la Iglesia, su santidad, su blancura, su paternidad...!

Dios mío, ¡qué grande es mi Iglesia! [...]

Iglesia mía..., ¡qué hermosa eres!, ¡cuánto te amo! »

Hoy, Hija de Jerusalén, Iglesia amada, ¿cómo podré seguir viviendo en el destierro, ante la contemplación de los misterios que, recayendo sobre ti, el Señor me ha querido mostrar de tan diversas maneras, inclinándose a la pequeñez y miseria de mi nada y levantándome a la penetración de sus misterios bajo la luz sapiental de la fe, llena de amores eternos y repleta de esperanza, haciéndome comprender que a mayor miseria más abundante misericordia; para que los comunique, o los deje traslucir mientras viva en el destierro...?

Ya que son tantos y tan diversos, que mi alma jadeante en su búsqueda incansable de dar gloria a Dios y vida a las almas, espera llena de nostalgia el momento de la voluntad de

Dios para introducirme con la Iglesia gloriosa en las mansiones de la Eternidad.

Y entonces, y sólo entonces, se podrá descubrir hasta el fondo con el contenido apretado de su vida, misión y tragedia el secreto de mi vida inmolada, silenciada por la noche llena de incomprensión de este peregrinar.

Y en el día luminoso del encuentro definitivo con Dios, con todos los que «vienen de la gran tribulación, y lavaron sus túnicas y las blanquearon en la sangre del Cordero»[48], sentándonos a la mesa del Reino con Abraham, Isaac y Jacob, como hijos de su numerosa y universal descendencia venida de todos los confines de la tierra, seremos Iglesia triunfante y gloriosa para siempre.

No teniéndola que contemplar más con su velo de luto y sus entrañas desgarradas, tirada en tierra y llorosa, jadeante y encorvada, sino como a «la Esposa del Cordero, Nueva y Celestial Jerusalén, Ciudad Santa, que no necesita sol ni luna que la alumbre, porque la gloria de Dios la ilumina y su lámpara es el Cordero»[49].

Y donde entonaremos con todos los Ángeles, Arcángeles, Querubines y Serafines, dando gloria al Padre, gloria al Hijo y gloria al Espíritu

[48] Ap 7, 14.

[49] Ap 21, 2. 9. 23.

Santo, el «¡Santo, Santo, Santo Yahvé Sebaot, la tierra entera está llena de su gloria!»[50],

y el «cántico de alabanza a Dios y al Cordero» siendo Iglesia gloriosa y triunfante por toda la eternidad:

«Y oí algo que recordaba el rumor de una muchedumbre inmensa, el estruendo del océano y el fragor de fuertes truenos. Y decían: "Aleluya. Porque reina el Señor, nuestro Dios, dueño de todo, alegrémonos y gocemos y démosle gracias. Han llegado las Bodas del Cordero, su Esposa se ha embellecido"»[51].

Iglesia mía, Nueva y Celestial Jerusalén, ¡¡qué hermosa eres!! ¡Cuánto te amo!

[50] Is 6, 3.

[51] Ap 19, 6-7.

24-4-2001

LAS COLUMNAS DE LA IGLESIA

La Iglesia es el baluarte donde me apoyo, la fuerza de mi peregrinar y el orgullo de mi vivir.

Mi vocación es ser Iglesia y hacer de todos Iglesia, y por eso Dios me mostró a la Esposa del Cordero como Reina enjoyada, rebosante y penetrada de Divinidad, ennoblecida por la misma santidad de Dios; santa y sin mancilla, «fuerte cual ejército en batalla»[1], repletada y saturada con todos los dones, frutos y carismas del Espíritu Santo, y depositaria de la misma Divinidad en su Trinidad de Personas para, como donadora universal, dar esa misma Trinidad a los hombres; siendo ella la manera, el modo y el estilo por donde la Familia Divina por la vida de la gracia vive con todos y cada uno de sus hijos.

La he visto, a través de su Liturgia, como el Gran Sacerdote con Cristo, con su Cabeza, que, en la unión de todos sus miembros, se ofrece al Padre para recibirle, responderle y, repletándose de su plenitud, embriagar a todas las almas de Divinidad; con la gran misión, comunicada por Dios, de injertar a todos los hom-

[1] Ct 6, 4 = Jl 2, 5.

bres en Cristo, y, recogiéndolos en sí, retornárselos al mismo Dios como himno de gloria y alabanza.

La he contemplado como depositaria de Cristo, con toda su misión, vida y tragedia, perpetuadora de su misterio.

Y por si era poco, Dios le dio su misma Madre para que fuera Madre de todos y cada uno de los hombres...

La he visto tan rica, tan repleta, tan enjoyada, tan saturada de Divinidad, ¡tanto, tanto, tanto...!, que jamás lo podré expresar...

La Iglesia es el Arca de la Nueva Alianza, de la que el arca de Noé fue sólo símbolo, porque por muchas tormentas que haya, no habrá diluvio que la pueda hundir. Ella se sostiene y se mece enseñoreadamente sobre las aguas, sin que haya corriente que la pueda arrastrar, porque la mano poderosa del Inmenso la sostiene en el recóndito secreto de su corazón.

¡No hay miedo de que la Barquita de Pedro se hunda!; ¡no hay miedo!, porque el mismo Jesús lleva sus remos y la conduce a buen puerto.

Puede Dios hacerse Hombre y ocultarse en una naturaleza humana; puede hacerse Pan y quedarse en la Hostia blanca, y puede perpetuarse misteriosamente en la persona del Papa para que éste, cuando habla como Iglesia, nos enseñe el plan divino y nos confirme en la fe, con seguridad de la voluntad del Padre cumplida y de la expresión del Verbo explicada, bajo el amor y el impulso del Espíritu Santo...

¡No hay miedo de que la Iglesia se equivoque!; Dios habla por ella...

¡No hay miedo que la Iglesia se hunda!; Dios la sostiene sobre las aguas del diluvio universal...

¡No hay miedo, porque Dios es la fuerza y el baluarte donde se apoya...!

Y porque soy más Iglesia que alma, y antes dejaría de ser alma que Iglesia, no puedo vivir sin Obispo, como no puedo vivir sin Dios.

Y mi seguridad de que vivo en la verdad y la comunico, no está tanto en lo que yo pueda ver sino en la arraigambre y en la unión que tengo con mis Obispos queridos, siempre que éstos estén en unión completa con el pensamiento del Supremo Pastor.

Y como me experimento y soy más Iglesia que alma y más alma que cuerpo, si, para mí por un imposible, la Iglesia dijera a cuanto tengo inscrito en el alma que «no» por la voz de la infalibilidad del Papa,

yo me arrancaría el alma para decir lo que diga la Iglesia; ya que sé que cuando habla la Iglesia como Iglesia, es el Verbo el que habla por ella.

Y no lo haría refunfuñando, no; lo haría como un cántico de rendición y sumisión amorosa a mi Santa Madre Iglesia.

Pues Jesús, llenando mi espíritu de luz e inflamando mi corazón en amor, se dignó manifestarme profunda y sabrosamente algo de lo

que son los Sucesores de los Apóstoles en el seno de la Iglesia.

El día de la Santísima Trinidad del año 1968, al venir un Sr. Obispo a visitarnos para presidir una concelebración de Votos en La Obra de la Iglesia; el Señor me hizo comprender, saborear y vivir que, cuando un Obispo entraba en nuestra casa, era el mismo Jesús quien venía a visitarme, y, por lo tanto, a visitarnos a todos; y que, como a Él, le teníamos que amar, venerar, y corresponder, llenos de agradecimiento, en el tiempo que nos fuera concedido el regalo de tenerle entre nosotros.

Sencilla y espiritual comunicación que me hizo vivir todo aquel día ante aquel Sr. Obispo que por primera vez visitaba nuestra casa, llena de un profundo recogimiento, y viendo en su rostro el rostro de Jesús.

¡Era uno de mis Obispos queridos, a los que yo tenía que venerar y atender como Marta y María lo hacían en Betania con Jesús!

Cosa que enseño a mis hijos, los cuales, llenos de gozo, reciben en su casa a los Sucesores de los Apóstoles. [...]

Y nuevamente [...] el día 7 de enero de 1972, también cuando estábamos inaugurando una de nuestras parroquias, y había venido a bendecir la iglesia el Sr. Cardenal de la diócesis;

estando yo sufriendo durante el Sacrificio Eucarístico de la Santa Misa por la dura prueba que mi espíritu viene sufriendo desde el año 1959, al no haber sido comprendida ni recibida, como Dios quería, con cuanto, para que lo comunique, el Señor me viene manifestando desde el 18 de marzo de 1959, con el encargo de ayudar a la Santa Madre Iglesia con la descendencia que Jesús me había pedido para este fin, la cual es La Obra de la Iglesia, continuadora y perpetuadora de mi misión;

el Señor, en el momento trascendente y sublime de la Santa Misa, nuevamente imprimió en mi espíritu que un Obispo era uno de los Doce Apóstoles que en sus Sucesores se perpetuaban para la consolidación en perpetuación del Pueblo de Dios, que es la Santa Madre Iglesia;

depositaria de los tesoros de la sabiduría y ciencia de Dios[2], repleta de Santidad y saturada de Divinidad, siendo Cristo su Cabeza, su gloria y su corona, que se trajo consigo al seno de esta Santa Madre al Padre y al Espíritu Santo, haciéndola el santo Templo de Dios y morada del Altísimo, por el misterio esplendoroso de la Encarnación, obrado en las entrañas de la Virgen María, Madre de Dios y Madre de la Iglesia;

donde la Trinidad infinita se ha quedado con el hombre, y el hombre mora con la Trinidad siendo hijo de Dios, partícipe de la vida divina, y heredero de su gloria.

---

[2] Cfr. Col 2, 3.

Porque soy y me siento más Iglesia que alma, y antes me tendría que arrancar el alma que dejar de ser Iglesia Católica, Apostólica y Romana, no puedo vivir sin Obispo como no puedo vivir sin Dios.

También en otro día gloriosísimo, el 5 de abril de 1959, en la profundidad de la sabiduría divina, llena de amor en el Espíritu Santo, el Señor me hizo penetrar en lo que era San Pedro en el cielo y en la tierra, perpetuándose en sus Sucesores, como Rey coronado con su tiara, con las llaves del Reino de los Cielos en sus manos, para abrir y cerrar las puertas suntuosas de la eternidad, y dando paso a los que él reconociera como elegidos de Dios para entrar en su Reino[3].

Por lo que la más pequeña, última, pobrecita y temblorosa de las hijas de la Iglesia, el día 15 de diciembre de 1996, exclamaba con gemidos inenarrables desde lo más profundo de su corazón, ante la cercanía del Sucesor de San Pedro, Cabeza visible de la Iglesia y Pastor universal del Pueblo de Dios, por el incalculable e inapreciable regalo de que se dignara venir a bendecirme y confortarme en el lecho de mi dolor:

¡Gracias, mi Santísimo Padre! ¡Gracias!, pero yo no soy digna de que haya venido a visitar

[3] Cfr. Mt 16, 18.

tan paternal y misericordiosamente a la más pobre, desvalida y última de las hijas de la Iglesia, cuando estaba enferma.

Mas como las misericordias de Dios no tienen fin y colman todas las esperanzas de quien en Él confía; el Señor me concedió la gracia, que siempre guardaré en lo más profundo de mi corazón como uno de los regalos más preciados de mi vida, de que mi Santísimo Padre Juan Pablo II viniera a visitarme, cuando la imposibilidad física de mi enfermedad no me permitió ser yo, en la pequeñez de mi nada, la que fuera a encontrarme con el Sucesor de San Pedro, a quien tanto amo y tan agradecida me siento con mi Obra de la Iglesia.

Enfermedad que me hace vivir en una inmolación constante, en renuncia continua desde el 30 de marzo de 1959, cuando al contemplar a la Iglesia que me pedía ayuda cubierta con un manto de luto, con sus entrañas desgarradas por el dolor de sus hijos que se marchaban de su seno de Madre por no conocerla bien y, por lo tanto, no amarla como la Santa Madre Iglesia espera y se merece;

me ofrecí a Dios como víctima para glorificarle, ayudando a la Iglesia con cuanto, para que lo realizara, Él me había manifestado y encomendado desde el tiempo del Concilio; [...] con el único fin de dar gloria a Dios, ayudar a la Iglesia y dar vida a las almas, junto al Papa y mis Obispos queridos, ayudándoles a realizar

la misión esencial que Dios les encomendó, como a Sucesores de los Apóstoles, en el seno de la Santa Madre Iglesia.

Roma, 28-3-1993

JUNTO A LA SEDE DE PEDRO

Aún no sé de sus porqués...
¡A Roma vine, mi Dueño...!
Mas, en camino me puse,
movida por un intento
de hacer siempre tu querer,
fuera cual fuera, mi Eterno.

El viaje fue indecible
en terrible desconcierto:
¡dificultades, peligros...!,
penalidades sin cuento,
pues dos veces nos bajaron
del avión averiado
que se hubo de volver
desde la pista de vuelo,
por la rabia enfurecida
y la insidia del infierno.

Pero, por fin, llegué a Roma,
junto a mi Sagrario abierto,
para instalarme en la casa
que Dios nos dio junto a Pedro.

Y en ella ¡cuánto he sufrido...!
desde el día de mi encierro
entre sus cuatro paredes.

Pasando tantos tormentos
entre la vida y la muerte,
entre la tierra y el cielo,
que cuando me preguntaba:
Dime, Señor, ¿por qué es esto...?,
¿por qué vine sin saber...?,
¿por qué sigo sin saberlo...?,
siempre una dulce esperanza
vislumbraba en los encuentros
de mi sagrario callado,
con mi Jesús, en silencio.

¡Y llegó el 7 de Marzo
con terrible desconcierto...!
Y, entre mis enfermedades,
se redoblaron mis duelos,
aumentaron mis dolores,
se agolparon mis tormentos,
hasta tener que correr
a recluirme en mi lecho.

Y cada vez más hundida,
casi fuera de este suelo,
¡de pronto...! desde la altura
de mi dormitorio en duelo,
empecé a experimentar
un sublime y fuerte encuentro
entre la Divinidad
y mi ser de amores lleno.

¡Sentí que me enaltecía...!
Ni un dolor quedó en mi cuerpo,
porque la Divinidad
se acercó con tanto empeño,

que me subió de la tierra
para brindarme consuelo,
su amparo y su protección;
¡tanto, tanto...! que, en un vuelo,
supe que me introducía
nuevamente allí en su Seno,
y que Él me acariciaba
como en mis tiempos más buenos.

¡He pasado tantos años
en la ausencia del que anhelo,
creyendo que nunca más
le tendría en este suelo,
que me sentí renacer
desde la muerte hasta el cielo...!

Fue un rato grande y sublime,
sellado por el encuentro,
y marcado con el paso
del Infinito Portento.
¡Era Dios que se lanzaba
para proteger al Eco
de la Iglesia atormentado...!,
para brindarme el consuelo
que sólo Él puede dar
por el poderío inmenso
de la gran sublimidad
de su sublime misterio.

Todo cambió para mí
en aquel rato de cielo,
porque pude comprender,
en sublime entendimiento,

que la puerta de la Gloria
quedaba abierta, en portento,
en mi pobre habitación,
porque Dios vino a mi encuentro.

«¡Los Portones de la Gloria...!»,
«¡ésta es la Puerta del Cielo...!»
«¡porque Dios se abalanzó!»:
repetía yo en mi empeño
de mostrar a aquellos hijos
que, junto a mí, comprendieron
que algo muy grande pasaba
entre el Inmenso y su Eco.

Yo no sé si moriré
o aún seguiré viviendo,
pero, si fuera llegado
para mí ya el Gozo eterno,
la «Puerta del Cielo» está
en el cuarto del encuentro.

Hacía ya ¡tantos meses...!,
¡tantos años y tan densos...!
que no encontraba a mi Dios
como en mis tiempos primeros,
que esta gloria que he vivido,
al lanzarse a mí el Eterno,
me ha llenado de tal fuerza
con la impronta de sus celos,
que he quedado indiferente,
por el paso del Inmenso,
entre la vida y la muerte,
entre la tierra o el cielo;

pues sólo lo que Dios quiera
es, para mí, lo más bueno.

¡Y fue la Divinidad...!,
en su poderío eterno,
quien se lanzó a acariciarme
en su abrazo y con su beso,
en divina compasión
y en sublime amor perfecto,
a la habitación sencilla
de su pobre Eco en duelo.

¡Sí, fue la Divinidad...!
¡esto bien que lo sé, y cierto!,
porque la sublimidad
de aquel tan sublime encuentro
consistió en que el Dios bendito,
con su poderío eterno,
se introdujo en el cuartito,
tan diminuto y pequeño,
que me he preparado en Roma,
junto a la Sede de Pedro.

Yo no sé lo que ha pasado
desde el día del encuentro...
Sólo sé que Dios vendrá
para llevarme a su Seno
el día que Él determine
que ha concluido mi tiempo.

Una duda me ha quedado:
¿Es que se acerca mi vuelo
y ha venido a prepararme
para levantarme al cielo...?,

¿o es que abre mis caminos,
preparándome, en su empeño,
para llenar la misión
completa que Él, en mí, ha puesto...?

Todo es indiferente...:
«¡Gloria de Dios!», «¡sólo eso!»,
nuevamente se ha grabado
en la médula del pecho.
No importa lo que me cueste
morir o seguir viviendo.
¡Nada importa!, hijos queridos;
¡sólo su gloria deseo!

¡Pero qué a gusto se está
junto a la Sede de Pedro,
y habiendo encontrado a Dios
como en mis días más buenos...!,
que me hacen estar viva,
con gran vigor, aunque muero
por los dolores continuos,
que son tan duros, tan fieros,
que ya no existe la noche
para descansar mi cuerpo.
¡Siempre penando, hijos míos...!,
mas siempre con gozo nuevo
por saber que el Dios bendito
es quien ha querido esto.

Vine a Roma y aquí estoy,
en este pequeño encierro,
esperando que Dios hable
y me exprese sus deseos,

para hacer cuanto me mande,
sea lo que sea esto.
¡Aquí estoy...! ¡Me encuentro en Roma...!,
¡junto a la Sede de Pedro...!
como siempre yo soñara,
ante el anhelo que siento
de ayudar, como yo pueda,
a mi Madre Iglesia en duelo.

Ha sido lo que he vivido
tan sublime y tan certero,
que ya no me queda duda;
el querer de Dios comprendo:
mi lugar está marcado
por la fuerza del que espero:
Roma es donde he de estar,
ya que en Roma vive Pedro
en el que le perpetúa
a lo largo de los tiempos;
al que un día contemplara
glorioso con su tiara
junto a las puertas del cielo,
para abrir al que llegara
con la marca del Cordero,
que en su frente le sellaba
como hijo del Eterno,
y Pedro les adentraba
en las Bodas del Cordero.
Hijos de mi alma herida
ya he aprendido a saberlo:

Es tanto lo que he vivido
y lo que sigo viviendo,

que mi lugar ya está en Roma
junto a la Sede de Pedro,
bien para quedarme aquí
o para marcharme al cielo.

Comprendedme, hijos de España:
¡Cuánto os amo en mis celos,
pues me sois gloria de Dios
con empeños que no expreso...!,
pero mi puesto está en Roma
¡junto a la Sede de Pedro...!
donde se abren las Puertas
suntuosas de los Cielos.